

CHICO-LOBO

SIJÉ O LA SERPIENTE

Autor: Isaac del Valle Mogarra

Agosto 2014

Mail: vallemogarra@gmail.com

Tlfn: 645-022-533

Dragón eterno, por tu nombre yo te invoco: ¡Shenlong!

Bola de Dragón Z

Is it of trees you tell, their months and virtues,

Or strange beasts that beset you,

Of birds that croak at you the Triple will?

Or of the Zodiac and how slow it turns

Below the Boreal Crown,

*Prison to all true kings that ever reigned?*¹

Robert Graves

Las preguntas que nos planteamos son principalmente dos: primera, ¿por qué el sacerdote de Diana en Nemi o rey del bosque tenía que dar muerte a su predecesor?; segunda, ¿por qué antes de matarle debía arrancar la rama de cierto árbol que la opinión general de los antiguos identifica con la rama dorada de Virgilio?

J. G. Frazer

¹ ¿Hablas acaso de los árboles, sus meses y virtudes, // o de extrañas bestias que acechan, // de pájaros que te graznan el Triple Deseo? // ¿O del zodiaco y lo lento que gira // bajo la Corona Boreal, // prisión de los verdaderos reyes que reinaron alguna vez?

Parte I

Capítulo 1: De La Serpiente que lo era todo

En un tiempo anterior a todo y en el mismo lugar que alguna vez ocuparía Sijé sólo estaba La Serpiente: aún no recibía nombres y no existía inteligencia o voluntad tan fuerte que le pudiese descubrir uno. Bajo La Serpiente la tierra era todavía húmeda como si un jardinero la hubiese regado para que germinara. Sobre ella, la noche: una infinita, larga y fría. Una noche eterna para La Serpiente y una tierra caliente y húmeda para acunarla en el centro de lo que alguna vez sería Sijé.

Era aquel un mundo sin bordes. Porque no hay bordes donde nada existe.

En el centro, su armada cabeza cruzada de espinas. Alrededor su cuerpo enrollado como el de un látigo en un arcón olvidado. Pasaba la infinita noche durmiendo y esperando el calor del día. La luz da calor y el calor significa vida. Pero eso es para las serpientes normales. La gran Serpiente no sabía de “vida”: sabía de la humedad y del tibio manto sobre el que enrollaba su existencia y de la noche infinita y helada sobre su cabeza. En Ella no había ni un gramo de vida ni era previsible que alguna vez lo hubiere: no sabía de la existencia del sol, ni de la luz porque aún era pronto para eso.

La aurora llegó repentina. No la convocó la noche que murió entre sus dedos. No la tierra que nada sabía de ella, aunque germinara bajo su manto. La Serpiente tampoco la convocó: ella nunca había deseado nada. Ella dormía. Odiaba. Soñaba una oscuridad mayor que la noche de sus escamas. No, La Serpiente no llamó a la aurora.

La aurora fue un mensajero sutil. Ella misma su propia muerte, al tiempo llegada y partida: una breve existencia que dejó al Sol amarrado al cenit, por

encima de la noche infinita sangrando torrentes de vino cálido sobre La Serpiente. De haber tenido ojos La Serpiente hubiera quedado cegada. Si boca, enmudecida. Si acaso corazón, éste habría sido reconfortado. Mas no tenía ojos ni boca, ni mucho menos corazón.

No, La Serpiente no llamó a la aurora. Y a pesar de su falta de visión, de aliento y de calor, La Serpiente despertó. Y dijo:

- ¿Qué es eso que brilla y me ataca con su luz? ¡Ira y ceniza! ¡Sea lo que sea, dolor y veneno caerá sobre su pecho!

Así habló La Serpiente y su cuerpo latió. Desde el centro de su espina nerviosa irradió vida hacia el último epitelio de su piel. Y con la vida brotó una ira ciega que resonó como cuerno dotando al mundo, gracias al ir y venir de las ondas, de bordes y centro donde nada existe. Y con la aurora en fuga y el sol derramado, la tierra se secó y la noche expiró. Y fue en aquel mismo instante de mayúsculo desconcierto que comenzó este canto de Chico-Lobo.

Capítulo 2: De la concepción del hijo

De tal forma despertó la Serpiente. Desplegó su mirada celeste, abrió la boca rugiendo a mar y fue toda ella pálpito y latido. La Serpiente descubrió allí colmillos y lengua, víscera y sangre. Por vez primera elevó la cabeza y lanzó su lengua como estandarte de guerra. Y si su lengua era estandarte, sus colmillos eran lanza. Lo uno batía el viento y lo otro cortaba. Y La Serpiente supo todo esto donde no sabía nada. Como un cabritillo echa a andar tras el parto, con la misma facilidad con la que el recién nacido se hace querer por su madre, La Serpiente supo.

Como la cuerda unida al arpón salta tras él en su avance así se elevó La Serpiente. De su cuerpo quedó la mitad en tierra igual que se deja atrás la escala cuando se trata de alcanzar el amor. Y en lo más alto se detuvo, cara a cara con el sol. Y dijo:

- ¿Por qué me despiertas? Estírate maldita y alcanza la muerte de lo que brilla.

La pausa duró la mitad de lo que dura un día. Pareciera que el sol estaba más allá de su alcance. Balanceándose y formando en el aire una danza de ochos batía a La Serpiente como el péndulo de un reloj, igual a los encantadores y las cobras. Fue en la segunda mitad de lo que dura un día cuando La Serpiente abrió la boca resuelta para saciarse y tragó del sol cuanto pudo. Se tragó el calor y éste desapareció del mundo, helando la tierra hasta la médula. Tragó y tragó, aspirando así la luz y la luz mudó sus ojos del azul eléctrico al bronce fundido. Finalmente, en un esfuerzo último, se desgarró la mandíbula. Con la intensidad del cable de acero apretó su cola contra el suelo y se alzó sobre su presa. La boca, en gesto insólito,

se bañó con los restos y como una burbuja de jabón en manos de un niño, el sol desapareció en una película fina y viscosa. El magma, la luz y el calor cubrieron aquella boca que era colmillo y lengua y pálpito y por ella descendieron en ríos de ámbar, verde escama y rojo intenso.

La Serpiente sintió entonces el placer de los amantes: uno dolorosísimo de tan intenso. Apoyada tan solo sobre el ápice de su cola sentía agotarse su cuerpo por la tensión de llegar tan alto. Fue aquel exceso de vida que se derramaba a través de ella el que formó en su interior un núcleo cálido y luminoso: el germen de algo más grande.

Y si bien aquel fue el día de la muerte del padre, lo fue también de la concepción del hijo.

Capítulo 3. Del mundo tal como lo conocemos.

Como violento granizo sobre la tierra, La Serpiente se desmoronó batiendo la superficie que en aquel entonces no era más que roca fría y agrietada. Y de la misma forma que vibra la membrana de un tambor, la tierra se combó y se alteró configurando las montañas y los valles. Y el ámbar, el verde y el rojo fueron esparcidos con las convulsiones. Así, donde el pigmento amarillo quedó prendado, el trigo y el maíz brotaron. De las verdes escamas clavadas en tierra surgieron los árboles y del rojo fuego que hizo hervir el agua, se decantó el barro y el bronce gracias a su distinta densidad.

Del dorado y vibrante líquido derramado por el sol, se separaron el agua salada y la luz, que huyó hacia el cielo expandiendo el universo en su carrera y dejando el mundo en su centro. Aislado. Ni disco ni esfera. Ni cilindro ni caja. Sin forma geométrica precisa que lo determinara. Igual que los marineros hacen con los cabos, La Serpiente se replegó sobre sí: la cabeza formando el centro de la espiral. Poco a poco se enroscó y trató de dormir, aunque nunca descansaría como antes.

De los ojos y escamas de La Serpiente manaba a voluntad la luz. Su boca era un cepo listo para hendir y su cuerpo una amalgama de bronce, cobre, latón, barro y escamas rotas de las que surgía el musgo y la lavanda. La Serpiente fue el comienzo de todo y todo residía en ella menos las lejanas montañas. Las montañas que sólo fueron salpicadas. Más allá del cráter interior se formó el mar como en un cuenco que al girar sobre su eje agolpa el agua en las paredes. Tras la separación de las aguas las montañas lo retuvieron. Sus cumbres trenzaron una corona de nieve y piedra alrededor del cuerpo aletargado de La Serpiente. Así incubó durante milenios, con la cabeza en el centro de su cuerpo, la boca abierta y los ojos llameantes.

Y así el mundo consiguió bordes y la tierra y el cielo fueron lo que son. Mas aún faltaba Sijé, sus cimientos, allí donde se hallaba la cabeza de La Serpiente.

Los animales y el hombre surgieron en y de la nada. Sin que nadie los desease ni los crease. Surgieron como la podredumbre surge de la carne. La vida brotó de la piel de La Serpiente y vagó hasta las montañas exteriores y hasta el mar. Hasta el mar llegaron aunque nunca un hombre puso un dedo en sus aguas. Sí que lo cruzaron animales más audaces que se introdujeron para no salir jamás. Existía en ellos la intención de alejarse lo más posible de La Serpiente, pues casi todo lo vivo de este mundo sabía que La Serpiente no era más que la muerte que a todos alcanza.

La Gran Ballena fue así el animal más valiente y sabio. Superó el miedo hasta que éste dejó de tener significado. Atravesó tan impetuosamente las aguas que llegó hasta su misma sima, hasta la profundidad más alejada de La Serpiente. Y allí quedó en paz y sola, esperando algo que debía de llegar.

Por el contrario pocos fueron los hombres que se alejaron del cuerpo de La Serpiente. Ocultos entre las grietas de su piel, labraron el barro y la tierra que la cubría. Así ocurrió porque la mayoría nacieron ignorantes del peligro. Y al desconocerlo alcanzaron ese arrojo típico de los héroes. Desarrollaron su vida ante y sobre la muerte. Latiendo y respirando al unísono con La Serpiente.

-¡Reforzar la cinchas de la tienda! -gritaba el Primer Rey de los hombres mientras su súbditos correteaban sobre La Serpiente. Jóvenes y viejos, mujeres y hombres, sobre sus costados.

-Los hombres no pueden sostenerlas con este temblor –respondían

rodeados de polvo y barro aquellos que nunca podrían sostener nada excepto su terquedad.

-Intentémoslo una vez más -repetía el Primer Rey. Sus vasallos viviendo a perpetuidad sobre un mundo en constante cambio, esquivando a perpetuidad las escamas de La Serpiente, recogiendo de su regazo el alimento y enterrando allí a sus muertos.

-Inténtarlo una vez más y quizá demos con la puerta...- repetía el Primer Rey en bajo. La boca embozada tras la manga y los ojos tratando de atravesar la polvareda.

-Seguiremos buscando un punto de apoyo, Señor -sus hombres y mujeres cansados crónicos, derrengados de tanto perseguir un saliente que no cambiase de posición: las rodillas y los ojos gastados de buscar.

Puntos inmóviles puede que hallasen. Mas ninguno de aquellos supo alcanzar la boca de La Serpiente. Aquella que se abría en el centro de ella y que daba paso al inframundo. Hasta que llegó el tiempo del parto, ni hombre, ni animal de dos o cuatro o más patas supo de cómo acceder a aquella puerta franqueada por dos lanzas y el estandarte que jamás deja de ondear.

Capítulo 4. El nacimiento de Chico-Lobo.

Nació entre dos tormentas, el día más cálido de un invierno horrible. El parto alcanzó a la madre sin previo aviso. Primero un dolor agudo y fugaz. Después la quemazón. Le abrasaba por dentro: la agonía duró días y en ella La Serpiente jadeaba y se contorsionaba. Su cuerpo percutía el suelo haciendo latir la tierra desde su núcleo hasta las montañas: un mar embravecido. Las ondas sísmicas rebotaban en las cumbres y al reflejarse esparcían destrucción. Como hacen los olivos ante la vara, las montañas temblaban a causa del oleaje que las golpeaba una y otra vez. El mar agitado por el viento de las tormentas se escondió espumoso debajo del mundo. El aire cálido ascendió y se condensó: una llovizna de rayos. Todos los hombres se figuraron que era aquel el día fijado para morir y actuaron acorde a su mermada conciencia, vil naturaleza y escaso valor.

Florece en chispas: agua contra agua en cometas de azul. Tierra contra tierra y explosiones de rojo. Hubo emanaciones eléctricas de tonos plateados y en este festival magnético destacaba La Serpiente. Ella, destellando en una infinidad de rojos, verdes y dorados que se reflejaban contra la bóveda celeste. Arriba y abajo, a izquierda y derecha las convulsiones mataron a miles, sus huesos aplastados entre los pliegues hasta la asfixia. Pero, a pesar de ello, los más desafortunados fueron los supervivientes impotentes y atónitos ante el espectáculo.

Sólo unos pocos cientos de hombres lograron superar esa noche. Como los restos de un naufragio, tras la tormenta, los cuerpos de los que perecieron emergieron de entre las escamas. Los miles de cadáveres ascendían: los hombres sobre las mujeres y las madres sobre los hijos de los hombres. En la cúspide la familia real al completo. Descuartizados pero juntos, atados y a la vez separados

de la plebe. Así les encontraron los supervivientes: sumergidos en medio de un trono de metal y carne. A todos ellos, altivos, orgullosos y hábiles hallaron muertos. A todos menos al primer Rey de los hombres. Él desapareció como si nunca hubiera existido y entre los animales se dice que en medio del parto halló la boca de La Serpiente y que decidió tomar ese camino. De cómo fue castigado en él, nadie sabe ni nadie quiso saber nada.

En exacta proporción perecieron los animales que habitaban el borde interior y únicamente los pájaros y los insectos, alados y taimados por naturaleza, sobrevivieron. Así como el Rey Entró, Chico-Lobo emergió de la boca de La Serpiente. Se hallaba tan exhausta que llegó a pensar que todo volvería a ser noche. Poco a poco, mientras la tormenta amainaba, el fuego que tenía en la panza fue ascendiendo y de su boca salió un huevo dorado. Un huevo húmedo de vaho y rocío.

Como si un Dios lo hubiera diseñado para que al contacto con el aire se agrietara y marchitase, así se resquebrajó el huevo. Y con todos los animales supervivientes por testigos, apareció Chico-Lobo. Poco más que un muchacho de tez morena de unos nueve o diez años. Las piernas y los brazos más nudosos y apretados que fuertes. La cabeza quizá demasiado redonda y el pelo tan oscuro como el de un niño de la selva. Tenía algo de pelusa bajo la nariz, nada que ver con la de un adolescente, sino el cerco que dejaría algo de chocolate caliente sobre los labios.

Estaba desnudo y sin ser negro parecía barnizado por el sol. Moreno igual a los dioses. Con el pelo y las uñas largas. Los colmillos más grandes de lo normal destacaban brevemente por debajo del labio superior. Sólo dos cosas pareció haber sacado de su madre: aquellos colmillos finos y curvos y los ojos, unos

magníficos y dorados en forma de cuña. Infinitamente más bellos que los de cualquier humano. Tanto más terroríficos. Así lo supieron todos los seres. Supieron que aquel sería Chico-Lobo, a quien la Ballena estaba esperando. Lo supieron las fieras bajas y rastreras del borde interior y también lo supieron los orgullosos animales que más allá de las montañas observaban con sus ojos agudos. Lo supieron las águilas. Sobre todo lo supieron todos los enemigos de La Serpiente. Y ese conocimiento se transformó en esperanza. Los supieron todos, menos los hombres incapaces de conocer la esencia de las cosas.

Capítulo 5. La expulsión de Chico-Lobo

Así habló entonces La Serpiente:

Tú has luchado contra mi
con fuerza e inutilmente.
Opuesto tu luz a mi luz,
tu fuego contra mi fuego.
Has nacido lleno de ira
contra este nuestro sustento,
desperdicias sin saberlo
estos líquidos sagrados
que bebieron la tierra
y este cuerpo escamoso.

Creyéndote aparte de mi

has venido a esta mi tierra
pero lo mejor que posees
es un don mío y no
del cielo que todo lo enfría.

Tienes largos colmillos
que rasgan el vidrio,
la carne y hasta el sueño hondo
que espanta los huesos
humanos que aquí se agolpan.

Tienes mis ojos queridos
dorados como tu padre.
Que te permiten saltarte
normas que el cielo escribió.
El cielo ya se haya huido,
tu padre defenestrado y
es mío el caballo al frente
de la cuadriga que dirige
arriba y abajo, norte y
sur, dentro y desde fuera.

Algo más hay en tu cuerpo
ahí lo que me da miedo.

Yo te digo, tú escucha:
dirige la mirada al borde exterior.
Camina recto allí, no te desvíes.

Desde este epicentro hasta mi cola
no vuelvas jamas por razón alguna:
tuyas las fieras, míos los hombres.
Traza en tu mente una línea al mar
de la falda a mí yo haré lo mismo.

Míos son los hombres, no los toques.
Mío es el centro, no lo anheles.
Mía es la luz que no es tuya
y en ningún lugar hallarás otra.
Rompe el pacto y habrá guerra.
Desencajaré mi boca y gruñirá el suelo.

¡Témeme!
Crearé Sijé
sobre los cimientos de mi cuerpo y escamas.
Crearé Sijé
para que lo recuerdes.

Has separado tu agua de la mía,
tu luz has difractado en el prisma.
Eres un fuego que no arde
y yo ardo con mi fuego.
Busca consuelo afuera
que yo haré lo mismo dentro.

¡Vete!
Acorta el vuelo y cruza rápido.

No quedan barcos por partir.
Cerramos los puertos.
Demos la espalda a las puertas.
El hilo se corta,
no ahorres en premura
antes de que toque el agua.
¿No lo ves?
Algo se apaga
¿No lo ves?
Algo se apaga.

Así habló en aquel entonces La Serpiente. Chico-Lobo no respondió nada. Si comprendió los motivos o no, o si acaso estaba lleno de ira, no lo mostró. Quizá ni siquiera sabía aún hablar y era incapaz de responder o de sentirse herido ante las amenazas de su madre. Se fue andando, descendiendo vértebra a vértebra el cuerpo de su progenitora. Dejando atrás a insectos, pájaros y hombres. Marchó sin prisa. Sin dudar un paso pero tampoco arriesgando excesivamente en el siguiente. Al final, a través del último anillo de los siete que poseía la cola de su madre, salto al mundo.

Parte II

Capítulo 1. Más allá de Sijé.

Mucho antes del parto los animales audaces habían huido al borde exterior. A ellos nunca les hirió el nacimiento de Chico-Lobo ni la creación de Sijé. Vivían más allá de las montañas, dentro de ellas o sobre ellas. Como se acostumbra uno a olvidar lo que suele ocurrir, los animales se habían habituado a la presencia del borde y nada sabían ya de él.

En los picos montañosos reinaban los osos y entre los lagos alpinos las marmotas, las nutrias y los tejones. Ciertos pájaros, los cantores y los cazadores, anidaban en los collados y los más rápidos y astutos, carroñeros todos, llegaron a las colinas arenosas frente al mar: albatros y gaviotas. Había grandes felinos ocultos entre los árboles y muy pocos insectos ya que los insectos siempre sintieron aprecio por el aliento de La Serpiente. Así que salvo algunas excepciones la mayor parte del borde exterior estaba limpio de rastros: ni pulgas ni pulgones, ni mosquitos ni moscas ni libélulas –pues casi no había pantanos de agua templada. Ni avispas ni cucarachas. Ni saltamontes, grillos o escorpiones. Vivían en los caudales bríosos los peces torrenciales, esos sí: las truchas, los lucios, los barbos y los salmones. Y aún más allá los peces de mar, navegando sin algas ni medusas y ocultos a los ojos de otras criaturas.

Los peces marinos habían surgido de aquella vida terrestre que se arriesgó a los mares. Una vida silenciosa y solitaria. Una existencia áspera que a sus habitantes les era querida como lo es a los grandes espíritus la soledad. Morsas, orcas, delfines, rorcuales, yubartas, marsopas y tiburones se evitaban constantemente. Desconfiaban celosos de su supervivencia y entre aquellos que aún salían a la superficie para respirar, lo hacían fugazmente y a hurtadillas. No se puede culpar de esta actitud de carácter a las fieras marinas. Ya que habitaban un terreno inmenso y de fuerza tan asombrosa que no es de extrañar que prefiriesen vivir en absoluta soledad. Las bestias del mar apenas hablaban. Sus únicos juegos consistían en provocarse cosquillas en el roce de las ondulaciones acuáticas y esquivar las corrientes, saltar por encima de las olas y caer. El mar era bello y libre, mucho más libre que las montañas y las costas. Y en el exterior del mar, en lo más profundo de él habitaba La Gran Ballena. Los ojos oteando la oscuridad del corazón del mundo. Esperando algo que no quería y aún así esperaba.

Capítulo 2. De la construcción de Sijé.

Si Sijé fue construida por maldad o por miedo los hombres no lo recuerdan. Quizá fue venganza o un azar fatal. Puede que un impulso sin causa ni razón. Pero lo cierto es que fue.

En cuanto Chico-Loco apartó su pie del último escalón anillado de su cola, La Serpiente introdujo la cabeza en la tierra y cavó hondo y más hondo y cuando llegó hasta la base oyó una voz que decía:

-¿Qué me haces desgracia entre las desgracias? ¿Qué buscas en mi vientre? -le susurró la tierra a La Serpiente.

-¡Te socavo y te enveneno vieja inútil! De tu tierra en descomposición edificaré Sijé. La ciudad que será mi obra y sello – Y entonces mordió y allí lanzó su veneno que se extendió en la oscuridad como una plaga.

Fue así que el núcleo de la tierra se descompuso y la Serpiente hizo un túnel recto y profundo hasta el mismo foco de su humedad, el lugar donde antes habitaba la escarcha:

-Ahora te absorberé hasta la médula igual que los hombres se alimentan de la cabeza de los crustáceos -dijo La Serpiente y chupó como se chupa una herida para sanarla. Deshizo el frío con su aliento dejando la tierra seca y dura, perfecta para cimentar. Y dijo:

-Así las cosas se mantendrán de pie y nunca más las aguas o la humedad las descompondrán. Así se sujetará el barro, el cobre, el bronce y el acero a sus cimientos.

Eso dijo y así surgieron los metales y sus aleaciones, todas ellas mixturas de tierra y veneno.

Antes de volver a la superficie, La Serpiente horadó con su cuerpo una canalización circular que rodeaba todo el borde interior.

-Horadad la tierra hasta que no quede palmo de Sijé sin comunicar -ordenó entonces a las ratas, roedores y cucarachas. A cambio les concedería protección y poder, dijo. Y así la sangre de las cucarachas y roedores sería portadora del veneno de La Serpiente: pestes y fiebres.

-Atadla con vuestros túneles como el hilo recorre la sutura o como el aire barre las hojas.

Por último La Serpiente centró su mente y su voluntad sobre los hombres y aunque notó resistencia, la doblegó y les dijo:

-¡Vosotros! ¡Hombres! Encargaos de recubrir de hierro y acero las paredes de los conductos y de llenar algunos de agua y de comunicarlos con el exterior. Porque el exterior os será concedido.

Así habló y así fueron forjadas las bases de los cimientos de Sijé a las que los hombres llamarían subterráneo y cloaca-.

La Serpiente surgió una vez que la principal canalización estuvo completada. Rodeaba los trescientos sesenta grados alrededor del centro, donde su cabeza habitaba debajo del borde mismo, ante las raíces de las montañas. Y cuando hubo surgido de nuevo se enroscó y con su digestión empezó a emitir calor y enseñó a los hombres cómo construir máquinas para aprovechar ese calor y cómo sacar de la tierra lo necesario para construir sobre ella esas máquinas. Así aprendieron los

hombres la noción de causa y efecto y entendieron, por lo tanto, el concepto de muerte y aquel otro de final.

Capítulo 3. La morada de los hombres.

Por todo lo dicho y porque eran bípedos y tenían brazos libres para obrar y retener los hombres se impusieron como los preferidos de La Serpiente. Abrieron la tierra con las manos desnudas e hicieron armas con el bronce y la piedra. Con el hierro y el acero crearon sus máquinas y cuando estuvieron listas las utilizaron para construir sobre La Serpiente y bajo ésta. Con ellas extrajeron más y ese material fue utilizado para construir aún más lo cual era una ofensa al orden establecido. Porque al tratar de fundir una nueva espada con la escoria dejada por la primera, siquiera el herrero puede evitar mirar a otro lado ante el delito contra lo que debe solo debe ser utilizado una vez. Fue exactamente eso lo que despertó algo más grande y poderoso que La Serpiente: el Espíritu del Mundo, como el tic-tac de un pequeño mecanismo que es imperceptible pero que actúa.

Aunque seguían las indicaciones de La Serpiente, los hombres se vieron atrapados en una confusión que les hizo olvidar el origen mismo del mandato. Olvidaron así a La Serpiente misma pero no se olvidaron del afán y de la laboriosidad. Cavaron hondo. Trincharon fuerte. Arrancaron, extendieron y construyeron más y cada vez más complejo hasta que el acero, el barro y el hormigón se elevaron muy por encima de La Serpiente, cimiento de Sijé.

Por encima del primer nivel de detritos empezaron a construir con mucha

más ciencia. Trazaron figuras rectas en hormigón que alcanzaban la misma altura que las montañas y las llamaron rascacielos. Canalizaron desagües que descendían hasta las profundidades y diseñaron depósitos que acumulaban el agua. Los hombres olvidaron de nuevo la muerte y se creyeron inmortales ante la permanencia de sus obras.

Finalmente abrieron canales desde el mismo cuerpo de La Serpiente y con ellos iluminaron el cielo nocturno. La oscuridad, que nunca les había abandonado, desapareció y las luces rodearon el borde interior. Había luz en abundancia. Luces pequeñas como luciérnagas y luces enormes como rayos. Y así el hombre consiguió, con su ingenio y su sed, germinar un sol en el centro de Sijé. Un sol que lo iluminara todo por igual. Una luz difusa por cuya causa el hombre perdió la razón. Se enamoró de esa luz y la divinizó.

-¡Tended esos puentes! –gritaban entonces los ingenieros mientras los peones saltaban sobre vigas que volaban a cientos de metros de altura -¡Clavad bien los remaches!-vociferaban a través de los megáfonos.

-A sus órdenes- Y las poleas se tensaban ante los músculos para elevar más la estructura.

-¡Sostened esas juntas! -Emitían los altavoces entre reflejos acústicos de golpes y soldaduras - Reunión de ingenieros a la caída del sol. Órdenes de la junta.

Al final de cada día, cuando el trabajo ya estaba hecho, las máquinas que controlaban las luces, se apagaban. Así se creó la noche ficticia y los hombres pensaron que la noche ficticia era la ausencia de algo. Razonaron que el día era lo óptimo y que la noche la muerte. Olvidaron que la oscuridad es el estado natural.

Olvidaron sus inicios. Olvidaron lo que es superar el miedo y lo que es pisar la tierra húmeda en constante cambio. Dejaron de lado el recuerdo de su Primer Rey y se estableció la república de los fuertes y taimados. Se creyeron eternos. Confiaron en sus fines y sus causas y con ello se construyeron una máscara que era también una personalidad.

Cada noche se iban a la cama y dormían tranquilos en la noche ficticia. Cada familia en su pequeño cubículo. Siempre secos. Y cada noche La Serpiente –a la que estaban unidos por las conducciones de luz y calor– susurraba en sus sueños. Susurraba mapas y planos que creaban nuevas máquinas que llegaban más alto y más alto, hasta el mismo final de este relato.

Capítulo 4. Chico-Lobo entre los animales que vivían sobre y bajo la montaña.

Eso es lo que le ocurrió a los hombres y así poco a poco confiaron en todas las cosas falsas y creyeron falsas todas las cosas reales. Así fue cómo se construyeron un sol falso, una tierra falsa y un agua de mentira.

A Chico-Lobo le fue bastante bien. Habitó primero, aunque se quedó poco tiempo, entre los osos en las montañas. Los osos dormían casi todo el año debido al frío y la oscuridad. Sus hábitos eran sencillos y su potencia en la caza les permitía esa ociosidad.

- Dejame en paz, oso -decía a cada oso que se encontraba en medio de la noche bajo un tronco mellado o junto a un manantial-. No quiero ni ofender ni

matar.

- Nada tengo contigo muchacho -decían siempre todos y cada uno de los osos. Como si fueran uno tras otro copias de la misma fiera color cacao-. Los osos no tenemos nada con nadie -repetían como una plegaria plantígrada mientras seguían rebuscando entre la madera podrida u horadando la húmeda orilla buscando renacuajos-.

En las montañas vivían también las águilas y los peregrinos –allá arriba–, las cornejas y los cuervos de mirada inteligente y picos fuertes capaces de romper la roca. Había ardillas, ciervos y corzos cornados creyéndose reyes de un mundo difícil y peligroso. La vida era buena, estaba suavemente aderezada de peligros y cambios continuos. Aún así Chico-Lobo notó que no pertenecía a ese mundo. Había algo dentro de él que le inquietaba: la necesidad de encontrar un lugar que pudiera llamar suyo.

- Todos los seres poseemos un lugar bajo el CIELO -le dijo a una pequeña ardilla que se afanaba comiendo avellanas junto a una blanda pradera protegida por la mano de una haya. Esta le miraba sin miedo- una dignidad por ello y una MUERTE que sufrir -la ardilla no se sobresaltó ante esta palabra y a Chico-Lobo le extrañó su entereza-.

- Vete con tu muerte o dámela -habló por sorpresa la ardilla repletos los carrillos de los duros despojos de las cáscaras-. Déjame con mi avellana y no me molestes con tus plegarias -se giró un poco, para apartar su mirada de Chico-Lobo y siguió comiendo dándole la espalda a Chico-Lobo-.

Decidió marcharse. Pero primero debía hacer una cosa. Fue a una cueva, la

más grande de las montañas, y gritó hacia la oscuridad sin traspasar el zaguán:

- Soy Chico-Lobo y me marcho de aquí -el eco reverberó-. Que los topos se lo digan a sus crías en las toperas. Los tejones lo digan también a sus tejones en las madrigueras -las palabras se acumulaban en las innumerables cuevas y volvían desordenadas, repetidas en un mar de palabras sueltas sin sentido-. Que hagan lo mismo las nutrias, los castores, los perrillos y cualquier mamífero, roedor o anfibio que habite bajo la tierra. Que se lo digan los osos unos a los otros a través de sus sueños hasta que lo sepa el Rey Oso –pero ante el nombre del rey el sonido se extinguió como se detiene una nota cuando la mano se posa sobre la cuerda que vibra- que habita en las raíces de la montaña -dicho esto Chico-Lobo limpió de hojarasca la cumbre de un túmulo de piedras a pocos pasos de la entrada de la gran caverna. Esperó allí sentado durante veinticuatro horas exactas y al finalizar ese tiempo apareció en la entrada de la cueva un pequeño topete con el pelo cano en forma de corona sobre la cabeza-.

- Soy el Rey Oso –dijo la pequeña criatura no mucho más grande que un puñado de tierra parda o un melocotón bien maduro. Aparte de las canas el resto de su cuerpo era del color de la paja vieja y se movía con el cuidado que da la vejez. Aún así movía las caderas igual que hacen los grandes oseznos caza salmones. –. Rey bajo la montaña porque reino sobre los mamíferos, los roedores y anfibios que habitan bajo tierra junto al borde exterior. Reino sobre osos, leones y hienas al igual que sobre el perrillo de las praderas y la nutria común. No reino por mi tamaño ni por mi sabiduría -mientras el topete fue avanzando hacia Chico-Lobo con las manos sonrosadas y gorditas, aunque de dedos no mayores que briznas de hierba, como las de un bebé manipulando algo que Chico-Lobo no conseguía ver-. Reino por azar del destino. Reino porque alguien debe reinar y como la

carga del reinado es pesada, yo, el más audaz de los animales de las montañas, reino. Si yo muriese -al decir estas palabras el Rey se detuvo a pocos centímetros del cuerpo sentado de Chico-Lobo y le miró directamente a los ojos desde abajo, debido a su altura-, otro reinaría -apartando la mirada se giró y empezó a ascender a una roca que había al lado de Chico-Lobo-. La fuerza de mí reinado reside en mi esfuerzo y mi continua vigilancia. Yo soy intercambiable, la tierra y la morada no. Todos habitamos bajo la morada. El rey sólo la guarda -su voz, normalmente aguda como la que se escapa por una cánula se volvió extremadamente grave de pronto-. He venido a despedir al Chico-Lobo.

- Yo soy Chico-Lobo –dijo aquel que tenía apariencia de niño hipnotizado por el esfuerzo del topo por ascender la piedra con la lentitud de una oruga– y abandono hoy las montañas para acercarme más al mar. Este no es mi sitio -el Rey bajo la montaña, que había llegado a la cima de su roca volvió a mirarle y Chico-Lobo dudó. El topete echó la mirada a ambos lados contrariado. Parecía que no se hallaba lo suficientemente cerca o arriba para encontrarse satisfecho-. Primero me despediré del rey bajo la montaña y después del rey que habita sobre ella. La reina de las Águilas. Adiós, ¡Os deseo que La Serpiente no os alcance, que la muerte os sea rauda e indolora y que la caza abunde siempre! ¡Que no veas la luz y sólo habites las sombras! Os deseo a todos vosotros lo mejor -el Rey saltó asombrosamente rápido desde su roca y quedó de pie sobre la rodilla de Chico-Lobo. Luego subió arrastrándose a lo largo de la pierna izquierda de Chico-Lobo hasta alcanzar su regazo. Así, tumbándose en él, dejó caer la vista reposadamente sobre las estrellas-. Muy audaz eres animalillo para subirme a mi regazo. Poco me bastaría para matarte. Recuerda quién es mi madre. Recuerda mis colmillos y mis ojos. Creo que llevas demasiado tiempo más allá del borde y

has olvidado la luz, el calor y el veneno ¡Muy audaz en verdad eres! -terminó diciendo Chico-Lobo contrariado ante aquel gesto que no había visto venir-.

Pero al topete le dio igual allí encogido y calentito sobre el regazo de Chico-Lobo. Había venido para hablar y no para escuchar. Además, ciertamente era un animal muy audaz. Era el Rey Oso y eso no se conseguía así como así. De tal forma que sin prestar atención a las palabras de Chico-Lobo habló extensamente y con sabiduría suficiente como para dejar una marca imborrable. Habló con una voz melosa y aguda, a la que había que prestar mucha atención para oír pero que embelesaba con su sonoridad. Esto es más o menos lo que dijo.

Capítulo 5. El discurso del Rey Oso.

Al principio y aún antes de ese principio fue tu madre y ¡yo lo recuerdo! ¡No me creas un ser joven e inexperto! Yo aún puedo conjurar en mi mente la noche eterna y muchas cosas lejanas que pocos pueden figurarse. Soy audaz porque es mi misión ser audaz ¿Quién me dio esa misión? ¿De dónde surge? No lo sé. Nadie excepto La Gran Ballena de fuera del mundo podría saber algo así. Sólo sé que existo para darte tres consejos. ¡No desoigas mis consejos!

Tú no estás hecho para habitar ni por encima ni por debajo de las montañas. Necesitas ir más lejos para luego volver al principio. Eso no lo dudes. Haces bien en marcharte. Aquí las cosas están demasiado bien sin ti. Todo es demasiado regular y bello para ti. Hay un hueco en tu corazón que no admite este mundo en su plenitud y perfección. No consigues admitir el ciclo de la vida y por eso crees que me puede asustar tu poder. No nos asusta la muerte en mi reino. La muerte es nuestra aliada. Tu sangre es de otro color. Es, mejor dicho, de demasiados colores ¡Atiende mis tres consejos!

Primero. A la reina de las águilas déjala en paz. Habrá otro momento en que la necesitarás. Permite que transcurra un tiempo y cuando sepas que todo está perdido vuelve. Entonces es cuando deberás pasar a verla. Siruén, la reina, te dará

de beber y de comer. Dejará que duermas por última vez y que veas los más bellos juegos aéreos de las aves y te dará un último consejo. Hasta ese momento queda mucho tiempo. Has, todavía, de ser feliz y de perder esa felicidad.

Segundo. No trates de cambiar nada. Ni es útil ni inútil. Haz el camino y no te desvíes. Cada lugar es parte de lo que todos esperamos de ti.

Tercero y último. Cuando estés ante La Gran Ballena, dentro de muchísimo tiempo. Después de que te haya hablado con franqueza y estéis en paz. En el momento en que dentro de tu espíritu crezca un ansia por acompañarla ¡recuerda mis palabras! No debes seguirla. Bajo ningún concepto la sigas. Si lo hicieses nada quedaría para todos los demás. Debes recordar que la audacia suprema te libra del temor y de la muerte pero te ahorra también la vida misma. Eso es lo que debes retener en tu espíritu de los animales que mueren y viven sobre y bajo la montaña ¡No desprecies la sabiduría de lo pequeño y de lo ínfimo! Tanto lo grande como lo pequeño muere y vive casi con igual intensidad. No sientas pena por la muerte igual que no te alegres por la vida. Jamás te compadezcas por nadie. La misma intensidad no quiere decir el mismo fuego. Si retienes eso no necesitarás nada más de nosotros y nada más habremos de darte.

El Rey Oso calló y bajó por la pierna de Chico-Lobo, esta vez la derecha, con la misma parsimonia con la que había subido y con la que había hablado. A Chico-Lobo le habían impresionado enormemente las palabras del topo. Así que decidió atesorarlas. Dejó que éste se fuera sin añadir nada más pues todo parecía dicho. Pasó un tiempo aún sentado sobre la roca concentrado en aprenderse palabra por palabra el discurso del rey. Cuando creyó que había finalizado se puso en pie y se dispuso a alejarse hacia el extremo más lejano de la tierra.

Chico-Lobo comprendió que las palabras del topete habían sido dignas de un Rey Oso y supo que se había comportado mezquinamente. También sintió que ahora podía partir más animado, con el espíritu más descargado. Y todo ello hubo de agradecerse en su interior al Rey.

Capítulo 6. El *Ereolobós* de Chico-Lobo.

Entre las montañas y el mar había una estrecha franja de tierra fértil, ligeramente húmeda y cubierta de pasto y vegetación abundante. Eran poco más de diez kilómetros de ancho y rodeaba toda la cadena montañosa con su hierba baja como la diadema realza el rostro de la novia. Este terreno había sido concedido por el destino a los caballos.

Pero el lugar era inhabitable para el resto de los animales. La hierba se ennegrecía ante la boca de cualquier otro herbívoro. La carne muerta se descomponía en tan solo unos instantes. El agua se apartaba de aquel que quería beber y que no fuese un equino. La tierra era insegura para el extranjero, las sendas, mortales, el aire, tórrido y fétido. Sólo los caballos, sin saber por qué, poseían derechos en aquella franja que para ellos era querida y fértil. Y es que a su boca acudía la hierba más fresca y jugosa sin trabajo y el agua aparecía allá

donde se la necesitase. La tierra era benigna y los caballos lo agradecían con júbilo.

Ante todo y sobre todo, lo que mejor definía a los caballos era que formaban parte de un grupo. No había un tú o un yo más que diluido en una maravillosa galopada interminable. Una crin formada por cientos de hebras. Una multitud siempre indivisible.

El vínculo que les unía y que les diferenciaba de los otros caballos de otras manadas, era invisible e inapreciable. Al menos para cualquier improbable observador. Para ellos, en cambio, era algo evidente en todo momento. No tenía que ver con el pelaje ni la altura ni la familia ni la fuerza o el carácter.

Cada potrillo a los cinco años sufría una crisis pasajera. Algo similar a lo que los humanos llamamos demencia transitoria. El potro dejaba de comer y languidecía ante el ritmo de la manada en la que había nacido y se había criado. Finalmente una desazón insoportable les invadía y se abandonaban a una carrera sin destino concreto con el furor de un bailarín derviche. Entre los caballos decían que eran los cinco días de fuego, pues es exactamente ese tiempo el que transcurre hasta que se sofoca la fiebre. Ninguno de ellos recuerda esos cinco días. Al detenerse, normalmente sin fuerza y al borde del paro cardíaco, los caballos saben automáticamente cuál es la dirección a seguir. Nunca fallan ni se detienen. Su determinación es enorme. Al encontrarse a la que será su manada, hasta el día de su misma muerte, ninguna palabra se entrecruzan los miembros. Todo caballo de la manada sabe perfectamente que ése recién aparecido es un nuevo. Ellos llaman a esa sensación intimísima *Ereolobós*, que quiere decir literalmente “fuego que avanza”. La misma palabra sirve para definir a la manada. Entre los equinos la manada y el proceso de convertirse en parte de ella son

nombrados bajo la misma palabra. Toda premonición o sueño profético se califica también así. Para los caballos la diferencia entre el grupo y el individuo es, cuanto menos, oscura, tenue y en ciertas ocasiones inexistente.

Se da el caso de potrillos que mueren en el *Ereolobós*. Algunos perecen excesivamente debilitados por la sed o el hambre y otros son hallados con el cuello roto al haber tropezado o al despeñarse por una sima en el avance desbocado. Sí, algunos perecen mas ninguno, jamás, ha confundido su fuego interno. De la misma forma que el agua del río desciende al mar o la aguja magnética te señala siempre la dirección norte-sur, un potro sabe cuál es su manada. Por qué una y no otra es indescifrable. No tiene que ver ni con la simpatía ni con lo más provechoso. Simplemente ocurre así.

Un potro que muera antes o durante el *Ereolobós* no es enterrado. Ningún caballo le reconoce como miembro. Su cadáver es simplemente abandonado.

¿Qué ocurriría en las leyes del mundo para qué Chico-Lobo experimentase un *Ereolobós*? Imposible de discernir. Él fue el único ser no equino que ha despertado el *Ereolobós* de una manada. Caminando iba hacia el mar, desnudo y sucio, y se encontraba atravesando la franja de los caballos. Se detuvo a beber y en la distancia vio un grupo de doce caballos que se acercaban a él. No sintió miedo. Estaba disfrutando de la sombra de un sauce al borde de una minúscula poza donde pensaba lavarse. Al ver una víbora escondiéndose entre la hojarasca centró su atención en la maleza tan sólo el tiempo necesario par asegurarse de que la víbora no se dirigiera hacia él. Después elevó la cabeza y su manada ya estaba allí. Rodeándole con las grupas a unos cinco metro de distancia. Después se giraron y sintió que era invitado a correr con ellos. Tuvo la ilusión de que había encontrado un lugar donde habitar.

Pero aquella sensación se diluyó rápido. Quedó la felicidad y el conocimiento de habitar con los equinos. Más tarde Chico-Lobo se daría cuenta de que no fue el *Ereolobós* lo que sintió, sino algo parecido. Pero aún así, fue una emoción intensa, como la de caer enamorado o la de encontrar a tu familia perdida.

Capítulo 7. La vida de los caballos.

Los caballos no desperdiciaban un sólo momento en preguntarse por el origen de todas esas bendiciones. Corrían por el placer de correr y comían por el placer de comer. Daban gracias al aire fresco, al agua corriente de los ríos y a la hierba y a las hojas de los arbustos. No carecían de sabiduría sino que más bien la poseían en grado sumo.

Nunca pedían más que lo que tenían ni cogían más de lo que necesitaban. Vivían en un perfecto término medio sin ningún lugar al que llamar hogar que no fuese su mundo conocido. Galopaban en manada, todos juntos a una. Sin separarse excepto en escasas ocasiones, dando vueltas alrededor de las montañas por el simple placer de recorrer su franja infinita de tierra fértil. Correr, correr gratuitamente en un sentido u otro, era su vida. Se diría que una entidad superior que había dotado a los caballos con la mejor de las existencias posibles. Una vida activa por naturaleza que no se agitaba en ningún esfuerzo.

Es cierto que la muerte seguía existiendo, pero los caballos pensaban que más allá de la muerte había otro lugar donde galopar y llamaban a la muerte el *Hinjada* que en su idioma quiere decir “camino-no-curvo que recorrer”, pues los caballos habían adaptado toda su vida y su lengua a lo que se les presentaba en la realidad. Real para ellos pero al fin y al cabo lo único que conocían con seguridad. Como no tenían experiencia de un camino recto, no poseían una palabra para designarlo. De igual forma, ni siquiera poseían la palabra “recto”. La muerte, a la que no dedicaban ningún pensamiento excepto durante los funerales, era un camino desconocido. Pero para ellos seguía marcado con la misma jovialidad que la vida.

En los funerales el caballo muerto era rodeado de su manada por completo. Las cabezas orientadas hacia él y las grupas hacia el exterior del círculo. Decían

los caballos que esto daba al muerto la fuerza para caminar en la dirección oculta. Las grupas le protegían del mundo que acababa de abandonar. Entonces, según ellos, el muerto era empujado por la manada a continuar por ese sendero que ninguno de ellos podía entender antes de que le llegase la hora. La carne del caballo se descomponía inmediatamente como la cera se derrite ante la llama, y el caballo, supuestamente, empezaba a galopar en aquel otro lugar tan sólo imaginado. Sin dar la vuelta ni volver a recordar al muerto la manada continuaba. Volvían a la vida con la misma alegría que antes: eran incapaces de sentir desolación.

Su ausencia de curiosidad les aportaba felicidad pero a la vez les convertía en seres testarudos y poco dóciles. En cierta forma aburridos y extrañamente abstraídos. Su abstracción surgía de la incapacidad para abandonar el presente. Eran abstractos a fuerza de ser prácticos.

Capítulo 8. La manada de Chico-Lobo

La manada estaba liderada por Nata que era una yegua blanca con el morro marcado de espuma de mar. Tenía la grupa baja y una bonita melena muy larga que le acariciaba los belfos al galopar. Nata era de un carácter afable y tranquilo y había parido cinco veces. Ninguno de sus hijos formaba parte de su manada. Así que cuando se los cruzaba en un sendero o descendiendo un collado al galope se comportaba como todos los caballos: evitaba todo contacto. Chico-Lobo siempre supo que para ser una yegua, Nata había sido dotada con demasiada memoria como para olvidar a sus potros. Nunca llegó a sentir una pena profunda pero, de alguna forma, ese dolor estaba siempre al acecho en ella. Chico-Lobo dormía con ella, apoyado sobre su panza o entre sus patas y ambos eran inseparables como una madre y su hijo. Ella le enseñó a correr como sólo un caballo sabe correr y le enseñó a piafar, a saltar y a recorrer grandes distancias sin mirar atrás. Sobre todo Nata le enseñó a ser feliz y a evitar el mal.

También formaban parte de la manada Piedra, Mármol y Bronce. Los tres eran hijos de la misma madre y poseían en mayor o menor medida un carácter cambiante y voluble. Eran rápidos en el salto y a veces llegaban al suelo sin haber medido correctamente las consecuencias. Piedra era de un tono gris salpicado de blanco. Poseía una mayor intensidad en sus pasiones aunque era, por herencia,

igualmente rápido para la cólera y para el amor. Se tomaba todo más a pecho que sus hermanos y su ira era cien veces más destructiva. Era un caballo de gran tamaño, más parecido a nuestros caballos de trabajo que a un esbelto corredor. Tenía una fuerza tremenda en las patas y era capaz de golpear un roble de un metro de diámetro y desfondarlo de una sola coz. Mármol era blanco puro al revés que su hermano. Con algunas mínimas manchas en los corvejones y pezuñas. Era cambiante, alegre y gustaba de las sensaciones delicadas y tranquilas. Sobre todo era despistado y quizá el más lento de la manada. Lo compensaba con creces gracias a su carácter bondadoso y sin rencor. Era casi imposible conversar con él, su mente seguía el instante con obcecación y cualquier nuevo fenómeno le hacía olvidar lo dicho. Quizá nunca hubo un ser tan feliz y bueno. Por último estaba Bronce que era un caballo zaino mucho más pequeño que sus hermanos. Era intrépido, con una incapacidad absoluta para prever el peligro o la maldad. Su vida era la carrera y el roce contra los arbustos al saltar por ellos. Poseía un relincho agudo e intranquilo que se oía todas las mañanas al salir el sol. Madrugaba y trasnochaba más que ninguno.

Estaba Augur que era un caballo anciano y medio loco que leía en la espuma de los ríos, el futuro, y que hablaba siempre en plural. La manada lo era todo para él. Nata contó a Chico-Lobo que fue guía de la manada mucho antes que ella y que lo siguió siendo centenares de años desde que ella llegó. Que había sido un buen líder y el caballo más rápido que había visto. Una noche sufrió una enajenación muy similar al *Ereolobós*, algo que no ocurría a los caballos adultos. Ningún caballo perteneciente a la manada entendió el por qué. Primero llegó esa melancolía que profetizaba la tormenta. Después se despertó en él un afán por correr imposible de agotar. Tres días pasó corriendo y durante el tercero corría tan rápido que de sus cascos, ante el contacto con el suelo, se desprendían chispas que inflamaban el camino con trazas de fuego. Augur recorrió aquella noche los

3.141,5 kilómetros de perímetro alrededor de las montañas en tres horas. A una media de 290 metros por segundo. Vieron como el mismo aire se combaba cuando pasaba corriendo al lado de la manada agitando la cabeza con la precisión de un reloj atómico. Nunca volvió a ser el mismo. Según Nata, Augur había visto algo que ningún caballo había visto antes. Quizá en medio de su carrera tuvo acceso a algo que se perdió en el inicio del tiempo. Quizá una visión profética. Sea como fuere, la personalidad buena e inteligente de Augur se desintegró por completo para dar lugar a la voz impersonal de la manada.

Boca de Ratón había sido posiblemente el mejor amigo de Augur en vida. Tenía una boca rápida para morder la hierba y alcanzaba las hojas más deliciosas casi sin proponérselo. Era un ser tranquilo, pacífico y alegre. Bien dispuesto para la comida y para rociarse en cualquier momento agua sobre los corvejones. Aún anciano, seguía siendo juguetón y un gran narrador de historias. A Chico-Lobo le gustaba pasear al atardecer sobre su grupa por los caminos más claros rodeados de manzanos y alcanzar las manzanas más jugosas a cambio de alguna canción o historia.

Bizcocho era el más joven y tenía el color del bizcocho recién horneado. Poseía un trote noble, casi aristocrático. Una planta atractiva y el carácter de un jovenzuelo peleón. Adulador y haragán, se divertía excepcionalmente en el cortejo. Frotando las cabezas contra otras yeguas jóvenes o comiendo a su lado simulando una total falta de interés.

Panzudo y Bombón, ambos hermanos y salpicados de graciosas pintas a lo largo del cuerpo eran el mejor ejemplo de la mejor sangre caballar. Jóvenes y joviales, sin una tacha siquiera de dolor o enfermedad. Sin haber sufrido nunca dedicaban el día al placer con mesura y astucia. Bromistas, aunque jamás

pesados, y charlatanes pero nunca en exceso. Fantásticos compañeros de galopadas, podían pasar días a buen ritmo disfrutando y riendo como Chico-Lobo nunca volvió a ver.

Por último nos queda la única pareja de la manada. Ardor: era un caballo rápido y reservado que parecía estar en lucha continua contra algo que no quería decir pero que le resbalaba de la misma lengua. Inexacto sería decir que hubiese maldad en él pero parte del espíritu sincero de los caballos se le había extinguido. Si era por maldad o por bondad que no hablaba es algo que nadie supo nunca. Su hijo se llamaba Bolsillo y gustaba de atesorar piedrecillas en la boca. Era un caballo excéntrico, de buen carácter pero que encontraba gusto en hacer las cosas de forma distinta. Comer los brotes secos, andar sobre las patas de atrás o morder las grupas de sus compañeros eran sólo ejemplos de su excentricidad. Por último quedaba Vela que era una yegua zaina que amaba combatir y los retos atléticos. En una manada -otro misterio- suele siempre haber lo que se llama una *Frácata* o una sustentadora de crines. En esta manada Vela era la *Frácata*. La función de una *Frácata* es proteger a los potros de los demás contra cualquier atacante. Lo extraño del caso es que en la franja jamás había amenazas de ese o ningún tipo. Como una repetición de una misma *Frácata* antediluviana todas ellas poseían el carácter agresivo del peor de los depredadores. Sus explosiones de rabia eran peligrosas ya que podían tener por blanco incluso a los miembros de su propia manada rpt. Mucho..estirpe??. Hay cosas en esta vida que son ciertamente inexplicables. El porque de estas *Frácatas* pertenece a este tipo de cosas: son simplemente un misterio.

Estos eran los doce caballos de la manada de Chico-Lobo.

Capítulo 9. La plenitud de los días

Los días felices son breves por definición.

El canto siempre se agota y su eco también. La comida proporciona un placer perecedero igual que la bebida o el amor. Los lazos de sangre, por muy fuertes que sean, acaban tendidos hacia la nada.

Chico-Lobo corrió y jugó. Aprendió a correr más rápido de lo que ningún caballo, quizá exceptuando a Augur, halla corrido.

- ¡Cógeme si puedes, Nata! -lanzándose por sorpresa al galope mientras abrevaban-. Te voy a ganar -Nata salía disparada al trote con las crines lechosas parecidas a la espuma de mar que deja el oleaje-.

- ¡Eres un tramposo potrillo! -aunque Chico-Lobo ya era más rápido, Nata no perdía del todo la distancia-. Si te caes, te pisaré con fuerza de lo cerca que te tengo potrillo -relinchaba justo antes de saltar un vado en el que Chico-Lobo aprovechaba para mirar atrás, inconscientemente, durante el salto-. ¡Descerebrado! Te cogeré y te daré un tunda de dientes para que duermas a gusto.

- Primer me tendrás que coger, ¿no? -elevaba más la cadera y hacía su zancada casi tan grande como la de un gran caballo- ¡Cógeme! Si puedes...-el suelo saltaba entonces en chispas rojizas ante la fricción y cada zancada superaba los tres metros- ¡Cógeme! -se perdía el sonido y Nata se paraba otra vez. Cadenciosamente para no desgarrarse un tendón y se sentía contenta de ver a su potrillo correr así-.

Galopó, Chico-Lobo, con zarpas invisibles de lobo -el único rasgo que debía haber heredado de su padre pues la madre carecía de extremidades, brazos y, por supuesto, de zarpas- desplegadas hacia el suelo. Arando la tierra y realizando surcos de doscientos milímetros a su paso como un tren que crease las vías en vez de seguirlas. Comió y se refrescó a la par que su manada y supo lo que era no estar solo. Vivió lo que poca gente llega a experimentar en la vida: una comunidad

perfecta de almas. Su personalidad se dispersó y entendió lo qué significaba vivir como un equino: la vida sin movimiento o como un único instante infinito de aliento vital. No sintió preocupación ni miedo ni hastío ni pasión. Todos sus deseos quedaron satisfechos.

No hay virtud, por mucho que se empeñen los demás, en la razón o la decisión. Sólo existe virtud en la respiración.

Como ya hemos dicho todo se agota. Mas esto carece de importancia. Los caballos, en su sabiduría, habían llegado a practicar algo mucho más útil y provechoso: en el mismo agotamiento hay que hallar la felicidad.

Nata decía a Chico-Lobo “Galopa primero como si no hubiera mañana. Galopa, ése es el siguiente nivel, como si no hubiera ayer. Al final, galopa. Hazlo con cada brizna de tu cuerpo. Que todo lo tuyo se haga verbo y ese verbo galope para ti. Eso es lo único que tienes que aprender. Lo demás olvídalo”.

Si hay un lugar y una compañía feliz en el mundo ¡Esos son los caballos! Los animales más sagrados y benditos de la creación ¡Benditos fueron todos los que, como Chico-Lobo, pudieron morar entre sus cascos y gustar de la vida plena! Feliz la copa hecha de la pezuña y el cinto tejido de la crin. Feliz ayer, hoy y siempre tú caballo que duermes y vives a la vez.

Capítulo 10. La partida de Chico-Lobo.

El *Ereolobós* es un lazo indestructible para un caballo. Una vez unido a su manada sólo puede separarle de ella su muerte. Pero Chico-Lobo no era un caballo. Nunca lo fue y no experimento un *Ereolobós* sincero, sino otra cosa. Otro tipo de destino era el que le empujaba a él y su manada. Su pacto no era con el aire del caballo sino con el fuego que llevaba dentro. Cuando el aire se agotó entre llamas Chico-Lobo notó que algo fallaba. Dejó de pacer con el mismo placer y el agua se salaba en su misma boca. La brecha que habitaban los caballos estaba expulsándole. Él, en lo más profundo de su pecho, sabía qué ocurría. Pero no lo quería admitir. Perdió peso y el color aceitoso de su piel. Su cuerpo no podía seguir a Chico-Lobo. Su tiempo se agotaba pero él no lo quería admitir.

Había vivido cientos de años entre los equinos. Nada hay más triste que decir adiós.

Un amanecer no pudo levantarse con la manada. Se sentía débil y febril. Le sangraban las encías y vomitaba continuamente. Nata le subió a su grupa y él se desmayó. Nata se preparó para separarse de la manada diciéndoles:

- Hoy se va Chico-Lobo ¡Ay potrillo! Despedidle como es debido -parecía que estaba a punto de llorar. Pero era imposible, las yeguas no lloran-. Yo llevaré su cuerpo fuera de la pista que recorreremos. Nunca más volveremos a verle. Ha sido un gran compañero.
- Ha sido un gran compañero -todos los caballos repitieron al unísono- ha sido un gran....-tendieron su grupas y rodearon a Nata que tras dejar

transcurrir un minuto para que la manada se despidiera se lanzó al galope hacia el exterior de la franja-.

Nata no había salido nunca de la franja. Tampoco pensó jamás que lo fuera a hacer. A pesar del miedo atávico lo hizo ¿La causa? Quizá porque quería a Chico-Lobo lo suficiente para arriesgar su propia vida. Quizá porque no quería perder ni un solo potrillo más. Fuera como fuese salió de la franja cubierta por la suave hierba y se adentró unos pocos pasos en las colinas de arena que llevaban al mar. Bajó de su grupa a Chico-Lobo dejándole al lado de un pequeño manadero de agua dulce que se veía adornado por unas cañas.

- Me voy ya -Chico-Lobo se despertó-. Me voy y casi te olvidaré como casi olvidé a los demás.

- No...no me...-No tenía fuerzas para hablar-.

- Debería haber sabido que tu vínculo no podía ser tan largo como tu vida

-Nata descendió sus patas delanteras para acercar su morro al enfermo.

Consiguió beber algo de agua de los labios de Nata que se había llenado los belfos con ese fin-. Tu vida es demasiado larga, tu fuego es demasiado vivo

para dejar paso al aire -Chico-Lobo, sin palabras y con la garganta ardiendo

apoyó su mano sobre el cuello de Nata y la acarició. Las lágrimas se le escurrían hasta el labio superior y le dejaron un sabor salado en la boca-.

Ahora mueres para la manada. Si nos vuelves a ver ya no te reconoceremos.

Casi no te reconoceremos -las lágrimas impidieron que Chico-Lobo viese como Nata se volvía a erguir-.

- No...-trató de interrumpirla entre gemidos. Pero le era imposible contenerse para hablar-.

- No te reconoceremos porque serás como un fantasma o un rastro de otro tiempo. Un olor demasiado débil. Una hierba muy seca para ser mordida

-mientras hablaba se iba alejando juntando todas sus fuerzas para no mirar atrás.-.

A tres o cuatro pasos se detuvo y sus piernas temblaron como si una presa fuese a colapsar. Trató de hablar por encima del llanto de Chico-Lobo y cuando la voz se le rompió se calló. Esperó unos segundos y retomó su discurso ella también entre sollozos y relinchos. Dijo así.

Capítulo 11. El discurso de Nata.

Adiós Chico-Lobo, dulzor de mis dulzores. Adiós. Tu fuego te arrastra y destruye la llama de nuestro Ereolobós. Ésta ya se apaga. Pero antes de que eso ocurra te diré parte de la visión que guardamos los caballos desde antes del mundo.

Ahora estás justo ante el gran océano. Si continuas hallarás la playa y más allá quién te ayude y quién te pruebe. Pero será el mismo ser. Sé paciente y recuerda que tu sangre es de sol y tu sangre es de serpiente. Has olvidado lo básico y has aprendido lo más difícil. Ahora tienes que recordar lo básico: un lobo no es un conejo. Un chico tampoco es un conejo. Llevas mucho tiempo siendo alguien que muere. Pero ese alguien no eres tú. Piensa en lo que te digo. No te desmayes. Recuerda lo que te digo. Ahora me voy porque mi lugar está con mi manada. Adiós Chico-Lobo. ¡Recuérdanos con dicha y que el camino te sea leve!

Nata desanduvo sin prisa la poca arena que le separaba de la hierva y una

vez en ella se marchó al galope. Su Ereolobós ardía con fuerza y no tardó en encontrarlo, relinchando placenteramente para iniciar de nuevo su carrera infinita. Chico-Lobo sólo volvería a ver una vez más a Nata, mucho tiempo después, cuando ya casi se había hecho un hombre.

Capítulo 12. La carne.

En medio de sus delirios Chico-Lobo no entendió lo que le había querido decir Nata.

- Un lobo no es un conejo. Un chico tampoco es un conejo -resonaba en su cabeza como si Nata todavía estuviese allí- Vuelve...vuelve... -los ojos se le cerraban de sueño-.

-Pero ¿qué quieres decir? -hablando entre delirios al espejismo con la cabeza silbando de dolor- ¡Conejo! ¡Conejo! No entiendo Nata ¡No entiendo de qué me serviría un co-ne-jo! -la frase salió de sus labios y la entonación fue cambiando mientras comprendía hasta que la última palabra se le quedó casi atrapada en la boca: co-ne-jo-.

Hambre. El hambre fue la clave. Así fue como supo que debía cazar. Había olvidado que su camino no era el mismo que el de los caballos y aunque ese camino fuera más triste y más salvaje, debía seguirlo. Su ruta no era el camino curvo de los caballos que no hacen daño a ser alguno. Era, al contrario, el camino recto de los lobos y de los hombres y de los hijos de los hombres.

Chico-Lobo pasó semanas recuperándose de su debilidad y aprendiendo por sí mismo los rudimentos de la caza: cómo colocarse a favor del viento mientras avanzaba o que el anochecer y el amanecer eran los momentos en los que los animales dejaban sus guaridas para acercarse a los abrevaderos. Pero sobre todo comprendió que ni garras ni dientes, e incluso que ni siquiera su velocidad, eran más importantes que la tristeza que sentía cuando cazaba.

A la excitación siempre le sigue una profunda pena. Pues Chico-Lobo había aprendido que nada está por encima ni por debajo. Que ningún ser vivo es más importante que otro y mucho menos que él. Pero aún así supo que debía cazar. La vida más triste es la del depredador porque tiene más presente que ningún nadie que toda vida se asienta en la destrucción del otro.

Así perdió Chico-Lobo la inocencia: cazando. No se desarrolló su cuerpo ni sus músculos parecieron crecer. No le salió barba y su labio seguía marcado por esa escasa pelusilla negra. Tampoco tuvo granos o cualquier otro cambio en su cuerpo. Sólo sufrió un cambio por dentro. Como si los huesos y la carne se acumulasen sobre él.

Capítulo 13. El ordenanza del mar.

Cuentan los animales marinos que cuando llegaron por primera vez a la orilla del mar poco después del nacimiento del mundo hubo un concilio para resolver un problema: ¿qué leyes se darían después de entrar en el enorme y peligroso mar? Todos los animales se quedaron atrás parlamentando salvo la ballena que no quiso detenerse bajo ningún concepto, quizá porque no necesitaba a nadie más.

La gran mayoría de los animales opinaban que una vez se hundieran en el mar todos los pactos anteriores se disolverían como el papel mojado. Ya no habría paz para nadie. Ni se pediría ni tampoco se ofrecería clemencia. Creyeron que aquello era lo más justo ya que aunque ese estado salvaje mataría a cientos de ellos ningún ser marino viviría con miedo a La Serpiente. Ése beneficio fue tan tentador que los animales lo aprobaron. Todos aceptaron menos uno.

Ese uno era una pequeña gusana, indigna incluso para hacer de cebo de un pescador. Así era de pequeña. Aquel animal se enfrentó al parlamento con vigor. Sus argumentos surgían del miedo. El miedo de la gusana hacia un estado salvaje que no la podía beneficiar. No se la podía culpar: ¡Era el animal más pequeño de cuantos habían llegado hasta allí! Habló pues la gusana ante los tiburones: el tiburón martillo y el colosal tiburón azul. Habló ante los animales eléctricos y los animales venenosos. Elevó sus quejas ante los grandes mamíferos: focas, marsopas, yubartas, rorcuales y orcas. Osó gritar y debatirse incluso ante las mismas orcas pintadas de fúnebres colores y cazadoras de ballenas.

- No es justo que yo -disertaba la gusana ante la enorme reunión-, que por mi tamaño y mi debilidad natural he demostrado más valor al atravesar los infinitos peligros hasta aquí, sea ahora despojada de mi vida, pues este pacto es lo que pretende, para que los grandes animales puedan seguir adelante -y esos mismos animales descomunales la rodeaban en el centro de la roca que le servía de púlpito apretando más sus líneas como si fueran a caer sobre ella en cualquier momento-.

-¿Qué dices maldito animal? -surgían voces de entre la muchedumbre- ¡Dejadla hablar! Todavía estamos regidos por una ley -respondía otras voces desde el lado contrario-.

- Si pretenden que selle un pacto que me matará para limpiar la conciencia

de todos ustedes -les señalaba inclinando penosamente la parte de su cuerpo en la que se hallaba la boca-, grandullones atemorizados, lo llevan claro. No pienso votar a favor de mi muerte. No lo haré -afirmaba agitándose como un árbol en medio de la tormenta-.

Algunos animales entendían la postura de la pequeña gusana. Para ella los desiertos de arena habían sido más duros que para los demás. De la misma forma, las montañas, en proporción, más altas. Incluso la marsopa llegó a apoyar a la pequeña gusana:

- ¿En qué nos convertiremos si tomamos la decisión de romper nuestras leyes ancestrales? -se interpuso entre la gusana y la turba animal-. ¿Qué será, señorías, de nuestra alma inmortal? ¿Qué quedará del pacto entre caballeros que nos posibilita saber lo que somos? -muchos de los animales se avergonzaron y recularon pero otros se enfurecieron aún más-.

- ¡Por La gran Ballena que correrá sangre y no será la mía! -gritaba uno oculto entre la audiencia-. ¡Eso! -respondían taimados los agitadores-.

El proceso quedó bloqueado durante meses como un navío encalla en un bajío inesperado.

Capítulo 14. El complot.

Una noche se urdió un complot por parte de los delfines que eran animales

resueltos y violentos que habían sobrepasado los topes de su paciencia. Así que prepararon la muerte de la gusana, dándole la espalda al resto de animales en un círculo de susurros. Decidieron que aniquilarían todo lo que frenase su avance. Matarían a la gusana de tal forma que su sangre fuese vista por todos. Al fin y al cabo la gusana formaba aún parte de la compañía y merecía morir a cielo abierto y ante los ojos de sus congéneres: aún existían pactos inviolables incluso en el sacrificio de un orador ante el pleno animal.

En la siguiente reunión el cabecilla de los delfines declamó un discurso inflamado de odio contra la gusana. En el punto álgido los delfines rompieron las barreras exteriores y se lanzaron en formación. Gritaban escupiendo por sus chorros vapores de agua hirviendo:

- Para el animal cobarde que nos detiene, sólo pedimos: ¡Muerte!
- Atravesaron el círculo de animales y llegaron hasta el centro donde se hallaba la gusana sin demorarse más que un breve instante-.
- ¿Qué es eso? -rugió una de las gradas ficticias situada en el costado de un promontorio de arena- ¡Traición!
- ¡Matad a la gusana! -de un lado- Protegedla -de otro, mientras la asamblea se astillaba en mil trozos como una madera podrida se estrella contra los arrecifes-.

Es muy fácil cometer cualquier trabajo complicado o realizar cualquier crimen cuando se tiene perfectamente visualizado el proceso. La anticipación es el mayor de los dones ofrecidos por los dioses: es lo que nos permite innovar en el presente y afrontar las acciones más arduas. Quizá por eso mismo se salvó la gusana.

Todo el mundo pensó que la gusana era una animal cobarde. Pero se

equivocaron todos ellos.

Los delfines cargaron sin alvergar la más mínima duda de que la gusana trataría de huir o que se parapetaría tras alguno de sus partidarios más grandes. Nada de eso ocurrió. Y aquello dejó en una confusión absoluta su resolución. La gusana plantó cara ella sola al grupo de delfines. Se encaramó al atril de piedra y comenzó por blasfemar e insultarlos. Después se agarró a un tablón y trató de utilizarlo de defensa contra los afilados dientes de los delfines.

Los delfines quedaron petrificados por la sorpresa. Enmudecieron, ¡más de una veintena de delfines!, ante el arrojito de aquella pequeña. La Gusana se apropió de unas piedras que lanzó a los morros de los delfines haciendo que su pequeñez destacara más que un rallo de sol en la oscuridad. Nadie se atrevió finalmente a hacer daño a aquel diminuto ser vociferante, tan delicado y valiente como para enfrentar la muerte con aquel arrojito.

Se llegó a un acuerdo. El resto de los animales se adentrarían en el océano y seguirían cada uno su camino, sin papeles ni contratos. En cuanto tocaran el agua los pactos desaparecerían. Por el contrario el gusano se quedaría en la playa. No se podría considerar ni completamente marino ni completamente de tierra. Daría lugar a una larga estirpe que al adentrarse en el mar sería cazada pero ningún animal marino podría tocar tierra o arena alguna hasta el fin de los tiempos.

A cambio de su ferocidad y valentía el resto de animales le regalaron una armadura y unas tenazas que podría usar para aplastar y para cortar. Así aquella pequeña gusana se transformó en un cangrejo de mar y tuvo numerosa descendencia que dio lugar a los moluscos y a todos los gusanos marinos. Él por

el contrario quedó libre bajo una sola condición: ser el ordenanza del mar. Como tal debía encargarse de la seguridad; que nadie entrase o saliese si no debía entrar o salir, pero también de otros asuntos más turbios y oscuros. Sería, por así decirlo, el chico para todo que el mar necesitaría una vez las principales criaturas se hubieran adentrado en él.

Esta es la historia del cangrejo de mar: la siguiente criatura que Chico-Lobo se encontró en su aventura hacia el borde exterior del mar.

Capítulo 15. Entrar a un lugar de donde uno no puede salir.

El cangrejo de mar había tenido miles de años para crecer y ahora era casi tan grande como una colina. Lo suficiente para podar entre sus pinzas un árbol o para dar sombra a un campo de helechos. Tan grande como un lago helado o como un sol eclipsado tratando de recuperar la luz que derrama sobre el satélite. Cubierto su caparazón de algas, percebes y lapas era, en aquel momento, un arma mortal y gigante inmóvil a la entrada del mar.

Esperaba a Chico-Lobo como ninguna otra criatura le había esperado hasta ahora. Lo esperaba sabiendo que vendría y cómo sería con exactitud. Conocía desde antes de que todo ocurriese su complexión y el color de su pelo y ojos. Lo conocía más allá de la intuición: sabía todo porque estaba ahí para matarlo.

El cangrejo de mar no quería acabar con él por maldad o necesidad. Tampoco hacía guardia por venganza. Él se encargaba de que nadie entrase ni saliese. Esa era su tarea. Una misión que se le había otorgado y que él había aceptado como tal. En el mundo de los animales un tipo de contrato así es inviolable. Se convierte en ley natural como la noche eterna o la gravedad de los cuerpos comunes.

Chico-Lobo intuyó un peligro nada más oír el mar tras las dunas.

- ¿Qué muerte será mi baza? -se preguntó a sí mismo en voz alta. Acostumbrado a hablar con Nata ahora se sentía profundamente solo- ¿Por qué todo es siempre tan difícil?

Nada le respondía excepto la brisa marina que le anticipaba el mar incluso antes de verlo. Tal como Nata le había dicho sabía que algo debía oponérsele en su búsqueda. Una búsqueda cuya finalidad desconocía. A excepción de esa sensación de que ningún lugar era su hogar y que debía de ir más lejos para hallarlo. Así que cuando vio al cangrejo erguido sobre las olas con sus cinco pares de patas hundidas en el mar y las pinzas abiertas inquietantemente, quietas como un cepo que esperara morder, entonces, supo que aquel era su escoyo.

El lugar en el que se encontró con el cangrejo de mar era una ría, de escasa vegetación, que por el efecto de la erosión había conformado una hondonada, con dos riscos a cada lado, que eran a la vez la entrada y la salida al mar. Era una burbuja de agua que tenía por extremo un pequeño boquete entre las rocas de apenas diez metros. El agua en la minúscula bahía estaba en calma y las olas no parecían más que leves ondulaciones piscícolas de colores dorados y azules. El cangrejo se encontraba casi en el centro de la bahía, alto y brillante como un gran edificio de cristal. Sus colores eran el negro-rojizo de la sangre y del petróleo, el verde de las algas y el azul del nitrógeno helado en las juntas de su armadura-caparazón. Olía desde lejos; olía a pescado crudo y a sal pero también había en él una peste agria a vinagre y a bodega. Por último estaban sus dos ojillos situados en dos pedestales de casi dos metros, que asomaban por encima del vértice de su concha. Dos pedestales que sujetaban aquellas perlas negras que brillaban con unos reflejos hirientes. Perlas negras que se desplazaban

independientemente y que eran capaces de mirar a la vez a izquierda y derecha o arriba y abajo. Unos ojos que todo lo podían ver menos la tierra por debajo de la arena y el corazón de Chico-Lobo.

Entre los animales no existe la compasión pero tampoco la muerte inútil o las palabras antes de un duelo. Chico-Lobo se lanzó rí a bajo hasta la bahía mientras el cangrejo se elevó rápidamente, más hacia el cielo, con sus largas patas que se movían con un temblor mecanizado tratando de alejar su panza del agua.

Cuando Chico-Lobo llegó a la bahía las pinzas del decadópodo salieron disparadas como el resorte de una trampa y barrieron la orilla del mar lanzando por los aires toneladas de arena y agua que Chico-Lobo atravesó igual que se atraviesa una cortina con un cuchillo. Chico-Lobo tomó de nuevo impulso con la pierna izquierda y el cangrejo retrasó sus pinzas tratando de armarlas como el engranaje sujeta el peso de la polea antes de partirse.

Chico-Lobo lanzó sus garras abriendo en dos la bahía como se abre el mar ante la bajamar. El mar, rugiente de espuma, se levantó hasta cubrir por completo al cangrejo y cuando volvió a su nivel el cangrejo estaba ya derrotado. Las piernas desarboladas como ramas caídas de un árbol tras la tormenta, sin esa coherencia de la que dota la naturaleza a los seres vivos. Si antes había sido un animal magnífico ahora en su muerte tenía algo de monstruoso: cada parte casi situada donde debería estar pero aún así extrañamente torcida. De esta forma se introdujo Chico-Lobo en el mar; con una marca más de infelicidad en su corazón mientras a su espalda quedaba otro despojo más de su inocencia: el gigantesco caparazón de aquello que había sido alguna vez un bello animal.

Capítulo 16. El océano.

El océano es esférico y los animales marinos se ven atraídos hacia el interior aunque no es la atracción gravitatoria lo que les atrae. Hay algo que todos los animales marinos comparten y les impide apartarse del todo de la orilla ¿Qué es? Es el miedo a La Serpiente. Los animales marinos huyeron de Sijé para no caer ante La Serpiente pero el mismo huir les dotó de un rasgo imborrable: un miedo que ya no se podía curar ni del que se podrían vacunar. Ese miedo era atrayente y aún más allá del radio de acción de La Serpiente, dentro del mar, eran incapaces

de librarse de él.

Y así todos los animales marinos se veían atraídos hacia Sijé menos uno: La Gran Ballena. La Gran Ballena que vivía en lo más profundo del océano, más allá del mundo y del recuerdo de La Serpiente. Rodeando el mundo en cada batida de su enorme cola y todo lo veía a través de destellos amorfos, igual que se ve la realidad desde dentro del agua.

Cuando Chico-Lobo entró en el mar y dio sus primeras brazadas, tras atravesar las columnas formadas por los riscos, supo que había ido demasiado lejos y que quizá lo que estaba por venir le superaba. Y por primera vez en su vida Tuvo miedo. Un miedo no incontrolable pero sí asfixiante. Al contrario que en el resto de los animales ese miedo no provenía de La Serpiente. Chico-Lobo tampoco temía a la muerte o a la vida, ni a la lucha pues ya se había bañado de sangre inocente y de culpa para poder acceder al mar.

El temor surgía de la ausencia de reglas. El mismo ambiente delataba que habían cambiado las leyes de la tierra y de la muerte. Las reglas que rigen el honor y la pasión natural se habían deshecho como se desvanece el sueño tras despertar. Vivir allí, bajo el mar, se le antojó sumamente antinatural. En este mundo acuático nunca podría existir Nata correteando entre praderas ni un Rey Bajo la Montaña. Ni siquiera podría habitarla un animal tan noble como el cangrejo de mar. Nada justo o bueno, nada equilibrado y gozoso tenía cabida en el mar. Sólo había frío y lucha. Había dientes sin leyes y brazos que habían olvidado el último abrazo. El mar estaba sólo lleno del lamento de las jorobadas y los clics y chasquidos del resto de cetáceos. Un mundo infinitamente más amplio que Sijé había sido condenado, por el miedo, a la sombra de la desconfianza. En una enormidad azul y sal, tras cada sombra acechaba un animal deseoso de vivir y, por

lo tanto, de comer ¡Qué mundo sin leyes y sin gozo! Era un mundo infinitamente bello pero pleno de desasosiego.

Chico-Lobo buceó absolutamente perdido (sin saber donde estaba el norte o el sur) y descubrió que en el mar se encuentran las montañas más altas y las fosas más profundas. Que no hay oscuridad ni silencio tan intensos en ningún lugar del mundo. Que las algas acunan y lo cubren todo como el polvo cubre nuestras casas de barro, acero y cristal. Sobre todo descubrió la soledad y que ésta es un bebedizo innoble que uno no sabe de dónde lo ingiere. Esa soledad le inundó con rapidez. En ese estado quedó como dormido, sin respirar y dejándose llevar a la deriva arrastrado por las corrientes.

Todo le pareció entonces un ensueño oscuro de una lentitud asombrosa. Un desmayo salpicado de luces evanescentes: quizá un rayo de luz reflejado por el ojo de un animal lejano o la luminescencia de las algas cianóticas marinas. Algas que emitían una tenue luz azulada y peces que disparaban salvas de un verde coralino. Él, en cambio, permaneció en una quietud total como un saltador de trampolín que cae con los brazos en cruz pero que jamás llegase a la superficie. Permaneció así largo tiempo; abandonado a un mundo que apenas latía.

Capítulo 17. Los látigos del calamar.

Fue por un lado el miedo y por otro la soledad las que envenenaron el alma de Chico-Lobo. La primera le aturdió y la segunda le sumió en el letargo. Así fue como transcurrió tanto tiempo que la esperanza que en él estaba puesta casi se le olvidó al Espíritu del Mundo.

Sólo despertó debido a una casualidad. Algo que ocurre todos los días: finalmente un ser incauto decidió que Chico-Lobo iba a ser su comida del día ¡Pobre bicho grande y monstruoso! Un ser de sangre tan fría que casi había olvidado a La Serpiente y que por lo tanto podía rozar lo más profundo y alejado del mar: El Kraken. Un calamar gigante que medía más de 25 metros de largo, de cuerpo alargado y con forma de semilla de avena y del que partían dos tentáculos principales, largos y ribeteados por garfios.

El Kraken surgió desde lo que parecía ser “abajo” y ascendió lanzando contra un Chico-Lobo inerte sus tentáculos con la fuerza de un maremoto. Y fue la luz de sus ojos, los colores radiantes de los ofidios, dorado y verde, lo que consiguió detenerlos al abrirse instintivamente a la amenaza. Gracias a la luz los tentáculos saltaron en retirada como si una mano en la oscuridad hubiera encontrado una inmensa fuente de calor. Una llama pavorosa. Esa luz le quemaba y le atemorizaba. Y huyó tan raudo como pudo y Chico-Lobo le vio huir y volvió un poco en sí y pensó:

- Tengo ganas de volver a dormir. Dormir en esta noche eterna -tratando de dormirse de nuevo. Pero por algún motivo sus ojos ya no se cerraban. El corazón no se ralentizaba y los músculos se mantenían en tensión- ¿Qué es

eso que huye en la oscuridad como un ladrón? -la mente se le despertó del todo y las pupilas se le abrieron al mundo como infladas por narcótico-.

- Por la luz y por la sombra, huye de esa luz que recuerdas ¡Es la luz de La Serpiente! -el Kraken se afanaba en alejarse espantado de lo que había visto por sorpresa. Como el avispero que se oculta tras las caja cerrada o el socabón en medio de la agreste selva un peligro había surgido en su rutinaria existencia de muerte- Alethead, aletas; bombear, torrentes sanguíneos -rezaba la criatura mientras trataba de alejarse de Chico-Lobo que le seguían con la mirada interior en medio de la oscuridad-.

- No puedes huir, ¡calamar infecto! -grito Chico-Lobo a través del agua y el sonido se propagó como la onda expansiva de una detonación- ¡NO PUEDES HUIR! -tuvo hambre y, más allá del hambre, ganas de correr y de cazar y de volver a la actividad.- Voy a por ti -dijo ahora telepáticamente y se lanzó a la persecución. Nadando, flexionando la cintura de una forma muy parecida a como hace un rorcual en las profundidades. Empujando con todo el tren inferior y arqueando el superior una y otra vez. Así se lanzó a dar muerte al Kraken que tan sólo huían en medio de la oscuridad espantado por la voz que había llegado a su interior: una melodía que le había silbado directamente palabras que parecían salidas de una pitón.

No necesitó más que unos segundo para alcanzar y dar muerte al Kraken. Se lanzó directamente hacia su objetivo en medio de la oscuridad y el silencio más absoluto y cuando lo percibió cerca, un chisporroteo inundó una gran extensión de agua. Al chisporroteo le siguió un movimiento al unísono del mar; como una corriente que se desespera por ascender y hace subir a todo con ella, desatando a la vez miles de enormes burbujas de aire. Mientras el fulgor se apagaba, muy lentamente como la luz de una luciérnaga agonizante, se pudo ver a Chico-Lobo con los tentáculos del Calamar enganchados en sus garras obligando a la criatura

a descender hasta las profundidades abisales. Allí, más allá incluso de los profundos dominios donde estaba acostumbrado vivir, murió el Kraken: el estómago rajado de arriba a abajo y con la presión de todo el mar apretando su cuerpo hasta que todas sus vísceras quedaron flotando donde el magma surge de la tierra.

Capítulo 17. El despertar de su serpiente.

Algo despertó en su mente a la vez que se desarrollaba la caza. Era como un reloj de pulsera que puede hacer girar sus manecillas mientras la carnicería se desarrolla en el frente. Un pequeño proceso que igual que los mecanismos de los alquimistas y de los mecánicos lleva inevitablemente a otros procesos que se revelan a través de causalidades irrompibles. Ese proceso aún débil se apoyaba en una meditación sobre la soledad. Esa soledad que había aprendido a desear y que había descubierto en aquel vientre enorme que es el océano.

El deseo creció en él, haciendo que se despertase cada vez un poco más. Cuanto más despertaba más deseaba la soledad como uno añora volver a dormir cuando el sueño ya se ha fugado.

Así rompió el embrujo de la soledad Chico-Lobo. Porque dejó de percibir el estar solo como algo asfixiante sino como la misma condición del animal que era. La soledad es únicamente un enemigo invencible cuando alguien le otorga poderes

sobre sí mismo. Es un ensueño deseado. Si fríamente se reflexiona sobre ella se diluye como la respiración del águila en el cielo. Chico-Lobo descubrió que el ser, solo o acompañado, debe nadar porque la responsabilidad de su propia vida es sólo suya.

Chico-Lobo emergió de los pecios del calamar con ese pensamiento entre la boca como se sale de la trinchera con un puñal preparado para clavar. Se libró del aletargamiento y comenzó a nadar. Buceó, una vez más, como sólo los verdaderos animales marinos saben: con ese juego de espalda, arqueando las piernas y manteniéndolas juntas. Se dió cuenta entonces que esa forma de nadar, esos movimientos, los acababa de adquirir. Eran nuevos para él. Se proyectó hacia delante cada vez más rápido hasta que el agua le pareció una *Hinjada* sencilla de recorrer porque la corriente te acompaña. Aprendió a disfrutar la sensación de independencia y de poder resultante de haber dominado el agua hasta tal punto que al encontrarse con una manada de rorcuales azules, en vez de alejarse, les alcanzó y buceó con ellos durante horas. Alcanzando velocidades de espanto en una oscuridad casi permanente. Confiando para su orientación tan solo en ciertas intuiciones sonoras reflejadas sobre fondos y paredes.

Así Chico-Lobo se libró del miedo a la libertad de los seres y comprendió que los pactos no eran leyes y que la libertad, si bien era dolorosamente mortal, era también gozosa. Porque si la muerte acecha tras cada esquina ¿A quién le importa el asesino? Ante las infinitas posibilidades de muerte, la luz de una vida se vuelve mucho más poderosa que ante el adocenamiento tranquilizador de una vida infinita.

Chico-Lobo, libre del miedo y de la soledad, atravesó -igual que en un verdadero parto- el límite del mundo. Lo hizo tan feliz como un salmón que salta

fuera del agua y remonta el cauce del río para desovar. Esa alegría que rompe todas las normas de la economía. Un placer sin objetivo y sin causa más allá del mismo sensualismo. Lo sintió elevado a la enésima potencia. En ese momento ocurrió, sintió que no necesitaría nunca más un hogar.

Allí la encontró, enorme, más grande que nada ni nadie. Ella superaba en tamaño al mundo entero. De hecho, cualquiera de sus dos ojos era tan grande como el mundo ¡La Gran Ballena estaba allí! Girando tan rápido alrededor del orbe que parecía estar quieta igual que los colores de una peonza en movimiento se funden en un sola línea continua de color ¡Qué animal tan colosal! Se le presentó como una niebla que lo invade todo, de la que no tienes idea dónde está el principio o el final. Lo que es seguro es que estaba allí, expiriando su aliento justo hacia él. Un aliento que emanaba como si fuese el halo del mundo.

Un ojo, de pronto, se fijo en él. Un ojo que parecía querer comerse con la mirada a nuestro héroe. Sin tener la necesidad de abrir la boca para hablar Chico-lobo entendió toda lo dicho como si aquel ser superlativo le hablara de golpe. Como si deseara ahorrarle el tiempo que se malgastaría en el proceso de masticar una a una las palabras.

El arte de la narración o retórica es eminentemente temporal. Está diseñado para describir el tiempo y profundizar en el cambio. Por otro lado la descripción siempre funciona apuntando a un instante de tiempo concreto. Detiene el río de la vida y lo entrega a su receptor quieto y por lo tanto de un solo golpe. Así recibió Chico-Lobo toda la conversación. Es lógico que fuese así ya que La Gran Ballena había abandonado el mundo y por lo tanto el tiempo. Para ella el transcurrir carecía de sentido.

Capítulo 18. Lo que habla.

- Lo que habla soy yo pero tú no formas parte de lo que habla – cierta frialdad insana como un sustancia gelatinosa en la muslo mientras esperas el sueño. Notaba los sentidos del gran mamífero recayendo sobre sus hombros

como el aire sobre el ojo del tornado—. Así que por fin eres el Chico-Lobo que ha trascendido el mundo y ya habitas el mar más profundo. Aquí está por fin mi compañero —el ojo de la ballena era, ya hemos dicho, enorme pero muchísimo más pequeño que la ballena, pues los cachalotes tienen un ojo menor en proporción a su tamaño que otras especies (por ejemplo el halcón o el pulpo) porque tienen su sistema de sonar para posicionarse en el agua. Pues ese ojo parpadeaba y estaba abierto a la vez. Como una imagen estática que bizquea tras una cascada o un holograma que se disloca según lo miras —. Responde, ¡muchacho! -la voz que le llegaba sin que intermediase la boca ni las cuerdas vocales parecía resonar en su cabeza con un martilleo grave-.

- Sí, soy yo, Gran Ballena -dijo Chico-Lobo, el cuerpo flotando fuera del mundo. Suspendido en la oscuridad que hay más allá y aún así viendo el cuerpo de La Gran Ballena como se vería la aureola de difracción que el sol provoca en la superficie de la tierra-. He venido a que me hables.

- Sí, ahora te hablo ¿No lo ves? Ya te he hablado pero no te has dado ni cuenta. Ahora escucha todo seguido y asiente: Tú volverás y yo te diré que no vuelvas ¡Escucha muchacho! -la voz de la ballena se superponía a ella misma y fermentaba sobre sus notas para reverberar aún más-.

- Te estoy escuchando ¿No lo ves? -respondió Chico-Lobo aturdido. Todo su alrededor parecía oscilar como si todo estuviese hecho de oleaje de mar-.

- Así que por fin eres el Chico-Lobo que ha trascendido el mundo y ya habitas el mar más profundo... -la voz más débil, un eco todavía rugiente de una frase ya dicha-.

- Asiento -dijo Chico-Lobo tratando de conseguir que su cabeza asintiera entre temblores- ¡no me ves! Continúa, por favor.

- Escucha y afirma -volvió a la carga ese ruido oscuro del que parecía surgir las palabras- pues el mundo que habito es eterno, impalpable y muy solitario

pero tú deberás negarte y volver como ya te dijeron hace un tiempo -el gran ojo parpadeaba tan rápido que parecía ir y venir desde un mundo muy lejano-. Así que debes volver porque tienes que romper tu pacto -el ojo se aleja y ya pudo ver los dos ojos a la vez amaneciendo más allá de la línea del horizonte-. Aún no sabes el porqué pero ya lo sabrás. Lo más importante es que rompas el pacto para que te conviertas en los cimientos de un nuevo mundo más libre y peligroso –La Gran Ballena cliquea millones de veces por segundo clac-clac-cliiiiic-clac; clouck; clouuuuuuukukukukukukuk; claaaac; cliclicliclic y así escucha el mundo entero y lo sondea sabiendo como fluye el agua y hacia dónde –.

-Entendido Gran Ballena. Debo romper mi pacto pero... -y duda; la voz se le quiebra y el brazo derecho trata de adelantarse para evitar que su duda se perciba pero ésta se escapa entre sus dedos como la luz esquiva el agua y el aire para llegar al vidente- ¿Cuál? ¿Qué pacto, Gran Ballena?

- ¡TODOS! ¿Entiendes? -resonaba el todos hasta hacer daño en los tímpano embotados por la ausencia de materia- En este mundo que acabará nadie ha roto jamás una promesa. Nadie menos tu madre la corruptora de hombres -los ojos de la Ballena se abrieron un poco más y la luz se derramó igual que le ocurre a la aurora al amanecer-. Los cimientos de este mundo son las promesas cumplidas: los hombres cumplen su promesa y los animales de tierra cumplen su promesa. También los marinos, aunque ellos no lo sepan, cumplen su promesa de no dar nunca una promesa –En su espiráculo, el orificio por el que debería respirar, siempre cerrado, hay una oscuridad que no tiene fin y que atrae poderosamente la atención de Chico-Lobo –. Yo cumplo mi promesa de vigilar el mundo antes y después de ti. –Chico-Lobo sin querer asiente en un movimiento involuntario– ¡Prepara tus garras! –Chico-Lobo asiente– ¡Prepara el veneno mortal que hiende la roca y la agujerea! –Chico-Lobo asiente por tercera vez sin poder evitarlo y se da

cuenta de que está haciendo una promesa—.

- ¿Me estás obligando a hacer una promesa? -Chico-Lobo se retorció tratando de zafarse pero no hay nada de lo que zafarse. No se puede huir del vacío-.

- Calienta tus piernas para la carrera y tus brazos para el buceo -Cuarta vez que asiente aunque intenta por todas sus fuerzas no hacer esa promesa- Ningún animal incumple una promesa -Pero esa voz es otra mucho más aguda. Una segunda voz, como en una melodía, surgió con la claridad del timbal-. Abre tus ojos de ofidio y calienta tu sangre con la luz de tu padre y cuando rompas tu promesa los cimientos del mundo se rajarán y caerá todo por su propio peso. No importa cuál rompas primero: en el nuevo mundo no habrá promesas de ningún tipo – Chico-Lobo asiente, desatadas todas sus resistencias internas como lo hace una oleada en medio de un tifón y sus orejas se estiran, estiran y estiran hasta que parecen las de un lobo. Poco a poco les surge pelo de un color ceniza y tizón-.

- Arrrrrrrg -repentinamente duele. *Ningún animal incumplió una promesa* recuerda con claridad-.

- El mundo necesita algo que no sea un animal. Algo que pueda hundir lo creado por tu madre.

- ¡Detente! -gime Chico-Lobo-.

- Ya ha acabado -el ruido empieza a descender-. Sólo tengo que hablar un poquito más ¡Aguanta! Por último te bendeciré con una premonición que te gustará pues no quiero darte solo noticias negras y quemadas por dentro. Antes de incumplir tu promesa, no importa si la primera o la segunda, eso ya lo decidirás tú. Antes de incumplir la promesa sabrás de nuevo lo que es la dicha como lo sentiste con tu manada. Por eso te llamaremos el salvador y el bendito porque harás gozoso lo que ningún animal puede hacer. Ningún

animal incumplirá una promesa salvo tú –Chico-Lobo se agitaba de dolor porque su cuerpo cambiaba. Ya nunca más podría ocultar sus garras de treinta centímetros, como hacía antes para no resultar pavoroso a sus semejantes, y tampoco sus colmillos de serpiente colmados de veneno. Sus orejas revelarían su origen lobuno y sus ojos su origen celestial de serpiente. Ahora vería en la noche y daría luz a los demás– Ningún animal incumplirá su promesa salvo tú ¿Te quedas conmigo viviendo eternamente?

- Noooooooooooooo -dijo antes de poder dudar porque el dolor repentinamente había enmudecido-.

- Ahora oirás mi canción de los lobos –Chico-Lobo no asintió. Se quedó quieto y supo que había elegido volver o que La Gran Ballena lo había decidido por él. Era difícil en ese momento saber quién pensaba qué. Eso era lo de menos: iba a volver y escucharía la canción de los lobos–. Pero antes, escucha una cosa nada más: ¿por qué eres como un hombre si eres serpiente? ¿por qué tienes forma de lobo si pareces hombre? Piénsalo y entenderás mejor lo que me has prometido que harás.

Chico-Lobo se quedó en trance, flotando en las aguas frías como el hielo del profundo océano, el mar que hay más allá del mundo. Suspendido, y mirando entumecido a La Gran Ballena se dejó llevar por las corrientes que obedecían a su monarca y que supo le llevarían de vuelta. Ahí, por un instante vislumbró espiritualmente algo más allá de la Gran Ballena. Algo semejante al vapor que se condensaría en el exterior de una escafandra si la escafandra fuera el mundo y no existiera un más allá.

- ¡El espíritu del Mundo! -se repitió a sí mismo pero rapidísimamente perdió aquella intuición y se dejó llevar mientras la Gran Ballena empezó a cantar la canción del lobo-.

Capítulo 19. La canción del lobo.

La canción del lobo fue cantada utilizando el mundo entero para reflejar las ondas de onda larga de la ballena. Éstas restallaban contra el orbe y resonaban en el cielo. La canción solo tiene unos pocos versos y dice así:

*Nunca ha habido un lobo vivo
Ningún animal incumplió una promesa
¿Por qué te llamamos chico?
Ahora míralos correr en el futuro.*

*Esa es tu prole que busca en el hielo
Su presa y su carne.
Ahora te dices: ¿lo entiendo?
Tú eres su madre
Ella es la tuya,*

*La nuestra,
La de todos.*

*Nunca ha habido un lobo vivo
Ningún animal incumplió una promesa
¿Por qué te llamamos Chico?
¿Ahora lo entiendes todo?*

*Ellos saldrán de la espuma,
ocuparán la tierra
en mareas de pezuñas
y serán otros tiempos.
Tú no eres un lobo
sino el lobo primero.
Deja que la tierra muera y
del mar brotarán tus hijos.*

Chico-Lobo se dejó acunar por la canción que le llevaba lejos y más lejos. Le arrastraba de nuevo a la playa donde dejó el cuerpo sin vida del cangrejo de mar. Chico-Lobo se deslizaba sin preocuparse porque había comprendido que no habría en adelante lugar en el mundo propio para él. Ya podía regresar tranquilo porque ninguna casa le esperaría ¿Para qué luchar y contrariarse si no hay destino posible? ¡Así sería su vida: un continuo buscar! Gozó de la canción como el animal que después del amor se abandona al sueño. En ese abandono está el gozo del olvido del propio ser, que según muchos es el mayor gozo que se puede experimentar.

Capítulo 20. Lo que queda de lo que dejamos atrás.

Chico-Lobo despertó tumbado sobre la arena de la bahía donde había dejado el cadáver del cangrejo. Estaba de espaldas con los ojos cegados por la luz de las estrellas y tenía los labios cortados. Estaba completamente desnudo y tremendamente sediento. Cuando recuperó la vista ante él apareció el cadáver fosilizado del cangrejo de mar. Su caparazón quitinoso se había fosilizado y ocupaba el centro de la bahía cubierto de algas parduzcas que se extendían hasta el mar, de un lado, y a la orilla por el otro. Las algas bailaban con las ondulaciones del mar, se acercaban y caían juguetonas siguiendo la espuma. Parecían contener una infinidad de vida en forma de nadadores, moscas, mosquitos y otros alevines

desconocidos para Chico-Lobo a la espera de madurar.

Todo en la bahía parecía cambiado. El tiempo transcurrido había erosionado cada color de antaño y dejado otros, más variados aunque también menos vivos. Había más vegetación, arbustos sobre todo, pero el mar parecía apagado y los reflejos solares en la arena carecían ahora de ondulaciones. Ante todo, el cangrejo había perdido toda su grandiosidad. Los colores metalizados e iridiscentes reducidos al mísero pardo de la calcárea: un color amarillento y granuloso carente de expresividad.

Chico-Lobo entendió entonces que su vida había sobrepasado el cénit. Los viejos tiempos no regresarían. Recordó las palabras de La Gran Ballena: volver para ser, una vez más, feliz. Se dio cuenta de que aquello quería decir, literalmente, una única vez.

- Hola, Chico-Lobo –Una voz de tono agudo, baja y mecánica le llegó hasta los oídos. La voz de lo que debía de ser un animal muy pequeño le sorprendió por la derecha, muy cerca de su oído– ha pasado mucho tiempo -añadió la voz y Chico-Lobo se dio cuenta de que a su lado, junto a su cabeza, en el suelo, estaba la pequeña gusana. No lo suficientemente grande para usarse de cebo con un anzuelo. Tan pequeña que parecía que si la tocasas podría desaparecer igual que un espejismo. Estaba justo pegada a su cara, a menos de un metro de la orilla, con lo que parecía su cabeza, esa mínima expresión de final, indicando hacia Chico-Lobo-.

- Hola, cangrejo de mar –dijo Chico-Lobo. La gusana le saludaba cómicamente con su pequeña manita izquierda–. Sí, hace mucho tiempo, aunque solo ahora descubro cuánto ha pasado realmente.

- Me haces muy feliz -aunque Chico-Lobo la había matado es verdad que la

gusna sonreía con una diminuta pinta de blanco en aquel lugar que parecía ser la cabeza-. Pensaba que jamás me reconocerías. Las cosas cambian y de todas formas permanecen. Es una cosa muy rara del mundo.

- Ya, pero es una ventaja de los dones heredados de mi madre. Mis ojos ven las cosas distintas, iguales, y las iguales, distintas. No son ojos de animal ni de hombre -Chico-Lobo se irguió y se quedó sentado en la arena, con las piernas extendidas y las manos ocupadas en rastrillar infantilmente la arena-.

-¡Ah! Debería haber sido más precavido hace ya algún tiempo: la última vez que nos vimos -Chico- Lobo no quería mirar directamente a la gusana por lo que se centraba en los dibujos que surgían del rastrillado de la arena-. Debería haber sabido que detrás de aquellas manos había garras y que los labios carnosos de humano escondían dientes de serpiente. Ahora en cambio veo que toda esa simulación ha desaparecido. Eres más como se te habría esperado -la gusana, tal como había ya hecho el topillo, se puso a ascender por sus piernas hasta llegar a la altura del muslo. Chico-Lobo ya no podía apartar la mirada sin sentir que era una falta de respeto-.

-Me gustaría decirte una cosa –Miró directamente a la gusana. En su mirada había algo de pena-.

- ¿Sí?

- Solo te quería pedir perdón. Por lo de matarte. Era algo, me figuro, que tenía que ocurrir.

- No te preocupes. Si yo hubiera podido habría hecho lo mismo por ti.

- ¿El qué?

- Matarte y luego pedirte perdón. Me doy cuenta de que no has perdido por completo tu animalidad. Queda algo dentro de ti. Al menos algo dejó La Gran Ballena.

- Sí, algo dejó.

- ¿Cómo es? -la gusana, satisfecha, se dio la vuelta y comenzó a bajar esta

vez atajando directamente por el muslo hasta la arena-.

- ¿Quién? -la gusana le daba la espalda-.

- Ella. La Gran Ballena -seguían arrastrándose por la arena, como haría cualquier animal rastrero-.

- No creo que te gustase saberlo.

- ¿Por qué? -su voz se debilitaba con la distancia-.

- Porque ella sí que ha perdido toda su animalidad. Ahora planea cosas muy lejanas. ¿Sabes a lo que me refiero? -Chico-Lobo estaba ensimismado con la pequeña gusana alejándose, casi mimetizada con el pardo amarillo del terreno-.

- No. Me imagino que no.

- Y ahora ¿qué haces, cuál es tu misión? -Se decía a sí mismo: en algún momento girará la cabeza y sabré si llora o ríe-.

- ¡Oh, chico! Yo ya no tengo misión -se detuvo momentáneamente en su avance-. Estoy jubilada -reinició el movimiento ondulatorio de su cuerpo color tierra húmeda-. Ahora todo entra y sale. El mar ya no es una frontera, quizá excepto para tu madre.

- Eso da miedo -pero lo que le daba miedo ahí sentado es que la gusana estuviese llorando mientras se alejaba de él ¡Qué despacio iba!-.

- No es mi problema, chico. Eso fue tu culpa. Tú provocaste eso. Yo traté de impedirlo. Mira el mar. Mira el mar junto a mi cadáver ¿Ves el agua? ¡Mírala! Profundiza con tus ojos en el tono del agua ¿Percibes el cambio, no? Este cambio sí que lo percibes, ¿a que sí?

- Sí, sí lo percibo. Ahora, algo de fuera ha entrado aquí. Todavía es poco pero será más con el tiempo. ¿Qué provocará?

- Quién lo sabe, salvo tú -entonces fue cuando se giró. No con el cuerpo sino con una oscilación de la parte delantera como alguien que observase a otro parapetado por un árbol- y La Gran Ballena -la gusana no estaba llorando. Ni

estaba riéndose. No se podía determinar con la distancia, unos pocos metros, si se reflejaba algún sentimiento en su cuerpo-.

- ¿Yo? -Chico-Lobo empezó a ponerse de pié a la vez que emitía la palabra lo cual dotó a su entonación de un deje de cansancio-.

- Sí, tú. Tú ya lo has visto ¿no? Sí, mi viejo amigo. Tú ya lo has visto. Has sido empujado a esto. Yo no sé a qué, pero lo que esto que ves cause será achacado a ti. Sea bueno o malo.

- Espero que sea bueno.

- Yo también.

- Debo irme, ¿algún consejo? -aunque ya estaba bastante lejos para su tamaño. Incluso con la vista de Chico-Lobo la gusana no era mucho más que una mancha sobre la tierra-.

- Se terminó la era de los consejos hijo mío. Ese tiempo ya ha terminado. Ya nadie más, creo yo, te dará un consejo que valga la pena. Has destrozado este mundo de fuera hacia dentro como hace un proyectil con un globo hinchado. Ahora solo quedan los restos. Lo que amaste en el pasado, aquella gran época, ha perecido o está en transito hacia la vejez ¡Olvídate de los consejos! Solo quedas tú.

- Adiós cangrejo de mar – Chico-Lobo se retiró la arena de la piel con las palmas de las manos mientras miraba a uno y otro lado con un gesto de hastío; su piel estaba más morena que de costumbre. Sus extremidades más fuertes-.

- Adiós Chico-Lobo. Ah, no te preocupes por lo de mi muerte. Ahora estoy mejor. Yo cumplí mi misión. Dolió aquello pero ahora lo he olvidado. Ya sabes: yo cumplí mi promesa.

- Me alegro por ti. De veras que fue algo que sentí: me sentía, ¿cómo decirlo? Aunque te parezca mentira, me sentía culpable. Adiós –Chico-Lobo se marchó dándose en una dirección perpendicular a la que aquella pequeña

gusana había tomado. La gusana parecía tan frágil: en la distancia podría confundirse con un mísero grano de arena. Un par de veces agitó la mano en señal de despedida y le gustó pensar, aunque no podía estar seguro debido a la lejanía, que el saludo le era devuelto con aquella manita tan pequeña que había podido ver cuando la tuvo frente a su cabeza-.

Chico-Lobo se preguntó entonces una cosa ¿qué comería ahora aquel ser tan pequeño? ¿Qué habrá ahora en el mundo que pueda alimentar a algo tan frágil?

Capítulo 21. Nata.

Chico-Lobo deambuló durante un tiempo por las colinas de arena. Ahora eran distintas. La tierra parecía haberse asentado. Las dunas estaban cubiertas por tierra sedimentada de un color entre amarillo y pardo. El verdín se había extendido en lagunas escasas salpicadas a lo ancho del paisaje. En general ya no era un desierto sino una tierra yerma buena únicamente para arrojar desperdicios sobre ella.

Disfrutó de la soledad, pues había aprendido a disfrutar de ella en el océano, y cazó lo suficiente para sobrevivir. No quería avanzar aunque poco a poco lo hacía. Algo le atraía de nuevo hacia el centro, hacia Sijé: un impulso insobornable.

Por fin llegó a la franja de los caballos, la marca en la que había vivido aquellos primeros años felices de su existencia. Tuvo miedo. Miedo a encontrarse con su antigua manada y también miedo a no encontrársela, así que permaneció varios días husmeando en la misma frontera. Inquieto como un niño ante una decisión trascendental que quiere evitar debajo de la falda de su madre.

En aquella quietud paró de pensar. Se dejó mecer por el aire como si fuese un junquillo joven. En su mente volvió a escuchar el canto de La Gran Ballena, igual que un eco. Sentía que ese sonido, esa melodía, no le abandonaría nunca, y creía que era aquello, el sonido, lo que estaba generado aquel cambio en él. Ahora la melodía formaba parte de su pensamiento. De hecho, tenía la intuición de que él mismo era ese pensamiento.

Un día, finalmente, Nata apareció ante él. No se sorprendió aunque se despertase de su ensoñación con ella justo delante. Ella pisaba la tierra herbosa de la marca y él los últimos granos de arena de las colinas.

- Hola Nata, ¡espero que tu carrera haya sido con el viento a favor y que tu regreso sea con el viento en contra! –era una fórmula ceremonial de los caballos. Nata lucía más vieja y algunas calvas poblaban ya su lomo. Estaba seguramente al borde del fin de sus días. Pero aún parecía feliz-.
- Hola Chico-Lobo, antigua sangre de mi sangre. Antiguo hijo mío -los bellos frotándose con la mejilla de Chico-Lobo. Alternando el roce con pequeñas percusiones realizadas con mímico-. Casi te había olvidado pero te has vuelto más poderoso de lo que pensaba: tú, me has llamado hasta aquí -un relincho agudo pero muy bajo le llega a Chico-Lobo de detrás de la oreja y recuerda los tiempos pasados en los que pasaban las horas así; madre e hijo-. He abandonado a mi manada. He hecho caso omiso a mi *Ereolobós* por ti. Así que dime ¿qué quieres?
- No lo sé. Tenía miedo y no me decidía a atravesar vuestros dominios. Ha pasado mucho tiempo -Chico-Lobo mira hacia el centro del mundo y se da cuenta de que algo ha cambiado en la marca de los caballos-. No te llamé conscientemente -en voz baja igual que alguien que quiere pedir

perdón y no sabe cómo-. Supongo que únicamente tenía miedo a seguir.

- Has hecho bien Chico-Lobo. Como te dije ya una vez nadie te reconocería salvo yo...estás cambiado -Chico-Lobo apartó la mirada más para evitar llorar, no necesitaba mirar para saber que ahora provocaba miedo-. El mundo está cambiado: la franja es cada vez más estrecha. La hierba sigue siendo buena y el agua fresca. Todo está bien aquí aunque creo que llegamos a nuestro fin -Chico-Lobo supo que mentía. No. Había algo que había cambiado. No podía decir porqué pero sabía que era así-. No te echamos de menos.
- Me hubiera gustado que fuera distinto...
- ¿El qué?
- Todo, creo que todo.
- ¡Venga! Sube a mi grupa -indicó Nata con un golpe algo más fuerte de su cabeza contra el lomo de Chico-Lobo-. Atravesaré contigo la franja una vez más.

Chico-Lobo sabía que no necesitaba su ayuda. También sabía que ella lo sabía. Aun así aceptó. Correría una última vez más con su madre adoptiva. Subió a su grupa apretando sus muslos fuertemente sobre la grupa para no caer y así fue como se dio cuenta de lo delgada que estaba. Abrazó su cuello y posó la cabeza entre sus crines. Cerró los ojos y Nata comenzó a trotar. El olor era el mismo, una fragancia espesa, a hierba y paja, que había echado de menos con frecuencia. Por el contrario todo lo demás había cambiado: el cuerpo de Nata al menguar se había vuelto duro y cubierto de aristas. Los huesos se marcaban en su lomo y en sus costillas. El cuello estaba rígido y en vez de un galopar brioso y lleno de júbilo solo alcanzaron un trote esquivo, como si el camino estuviese lleno de peligros.

Chico-Lobo no abrió los ojos en todo el recorrido.

Tampoco habló, sustituyó sus palabras por caricias. Acarició las crines, el cuello y el lomo de aquel animal con el que había sido feliz en otro tiempo. Aquella yegua a la que podría haber llamado madre y junto a la que durmió durante años sintiéndose protegido entre sus patas y utilizando su lomo como almohada. Nata poco a poco fue sosegando su avance hasta llegar a un paso tranquilo y de zancada larga.

- ¿Cómo está Augur? –dijo Chico-Lobo sin abrir los ojos en un momento en que parecía que se había detenido– ¿cómo está la manada?.

- Están bien -Nata volvió a andar. Había tardado un rato en responder y parecía que había tenido que seleccionar con esfuerzo las palabras adecuadas-. Todos están bien -Chico-Lobo calló el resto del viaje. Supo que sería la última vez que vería y tocaría a Nata, así que solo quiso disfrutar: se dejó llevar, una última vez-.

Capítulo 22. La última despedida.

Cuando por fin abrió los ojos, Chico-Lobo y Nata ya había atravesado la franja y habían llegado al pie de las montañas. Nata parecía cansada y Chico-Lobo desmontó de ella, buscó con la vista y halló un manzano a pocos metros. Las

manzanas estaban aun verdes y ácidas, no había llegado el otoño, pero se acercó y cogió unas cuantas. Las compartieron. Él sentado, mirando las montañas, y ella con el hocico en su hombro. Chico-Lobo partía una por la mitad y le pasaba el otro pedazo a Nata. Un viento frío descendía desde las montañas a través de las laderas en medio de la noche eterna.

Cuando se acabaron las manzanas Chico-Lobo supo que era la despedida pero no quería iniciarla él. Luchó con todas sus fuerzas para evitar el destino.

- ¡te permití todo lo demás!, destino -se dijo a sí mismo-. Permití que me enseñases a matar, a ser infeliz y a estar solo. No voy a permitir que me dejes abandonarla.

Chico-Lobo sintió como algo le oprimía el corazón e hizo arder todo lo que tenía dentro para luchar contra esa opresión y supo que eso es lo que el resto de seres llama destino y él pensó que era la mano del Espíritu del Mundo que casi había llegado a ver cuando viajó a través del mar. No permitió que esa presencia le intimidase y la rechazó de su interior con fuerza. Cerró los ojos y acarició con su palma derecha el morro de Nata y dijo en voz baja, sabiendo que si no pronunciaba las palabras, aunque fuera en bajo, no surtirían el efecto suficiente:

- No te lo permitiré -la voz se le agotaba luchando contra la opresión-. Si me obligas incendiaré mi alma y mi espíritu. Si me obligas a abandonarla en su muerte cogeré a todo lo vivo y lo reduciré a cenizas -apretó fuerte sus dedos coronados de garras contra el pelo de la crin de Nata-. Lanzaré tal tormenta sobre tu creación que mi misma madre volverá a despertar y juntos convertiremos tu sueño en una pesadilla -el aire parecía cargado de luz y energía. Algo estaba tratando de materializarse en medio de la noche-. Yo lo juro por mi Ereolobós, ¡mi sangre descansará conmigo! -Nata apoyó su

cabeza sobre el hombro de Chico-Lobo y su respiración le calmó-.

La fuerza opresora se detuvo. Titubeó un momento y desapareció.

- Es hora de que te vayas, ¿no? -Dijo Nata con una voz que silvaba mientras pronunciaba-.

- Me quedaré un poco más, me quedaré todo lo que sea necesario -respondió él con la voz casi rota y agradeciendo que Nata no pudiese ver su rostro-.

- Mejor, mucho mejor -dijo ella- No te preocupes. Eres mi manada, mi *Ereolobós*. Sangre de mi sangre hasta el último aliento.

A Chico-Lobo le hubiera gustado decir más pero no pudo hacerlo. Lloró aunque nunca lo había hecho hasta ese momento. Así que Nata le enseñó una última cosa justo al final de su vida. Algo que quizá no le hubiera gustado aprender. Lloró sobre el morro de su madrastra mientras ella se tumbaba poco a poco sobre él. Justo al contrario que cuando él la hizo su madre y pasaba las noches apoyado sobre su vientre. Supo, entonces, que todo lo que le había enseñado ella se terminaría con él. Supo que

nunca más se despediría de nadie.

Capítulo 23. El rey sobre la montaña.

Chico-Lobo se olvidó de todo. Se olvidó del Rey sobre la montaña y aulló. Aulló con tanta intensidad que el mundo entero se despertó y un ojo de su verdadera madre, La Serpiente, se encendió con extrañeza allá en las alcantarillas de los hombres. Oculta bajo la ciudad, formando los cimientos de Sijé. Se revolvió ligeramente. Dio un respingo como si aquel aullido la hubiera preocupado. No, si bien no la despertó si que la agudizó la atención: la situó en estado de alarma. El fuego manó de su cuerpo y ascendió por las tuberías fabricadas por lo hombres. Las fábricas estuvieron al borde del colapso, el fuego fue escupido por las chimeneas y los hornos se vieron obligados a trabajar a la máxima potencia. Sijé elevó su temperatura hasta alcanzar las máximas veraniegas olvidando, como tras un vendaval, el frezor del verano que moría.

Chico-Lobo dejó de pensar en lo que tenía que hacer, en lo que debía de hacer y por primera vez no se dejó llevar y empezó a correr exactamente hacia donde quería. Corrió justo hasta la frontera entre Sijé y el anillo exterior. Rodeó a Sijé corriendo una y otra vez, tan rápido como pudo y gritando de tal forma que todos los hombres cerraron sus ventanas y pararon sus obras y construcciones. Las máquinas térmicas, los refrigeradores, zumbaban en la noche y por encima del zumbido las sirenas de alarma antiaerea trataban de taponar el rumor marino de las zancadas de Chico-Lobo. La ciudad se escondió de aquella luz que les rodeaba como de un fuego forestal en verano.

Corrió durante tres días y al tercero paró ya cansado y se tumbó tras una pequeña roca. Durmió otros tantos días y decidió no dejar esa frontera hasta que su corazón se descongelase.

Así fue cómo Chico-Lobo volvió a la frontera entre el anillo exterior y Sijé. El resto de su vida viviría allí. La mayor parte de ese tiempo lo haría como un auténtico animal. Chico-Lobo se olvidó de su conciencia una última vez y dejó a su parte animal obrar. Corriendo y cazando, durmiendo sin protección en las manadas y en las roqueras. Olfateando continuamente el aire porque no quería encontrarse con nada ni nadie. Bebiendo cuando tenía sed y descansando cuando estaba cansado. Siempre en movimiento, dando vueltas a ese fino anillo que era la frontera como la manecilla del reloj alrededor de la esfera de cuarzo.

Así comienza la historia de cómo Calabaza conoció a Chico-Lobo.

Parte III

Capítulo 1. Calabaza.

Calabaza era un niña que vivía en el edificio más lejano del centro de Sijé. En la casa más cercana al anillo exterior. Tenía catorce años y aunque se llamaba Calabaza no tenía el pelo pelirrojo ni una sola peca en todo el cuerpo. Era una chica más bien baja, con el pelo castaño recogido en una coleta y unos ojos verdes muy grandes detrás de un flequillo muy muy recto que a su madre le gustaba repasar todos los días. A Calabaza lo que más le gustaba era dormir y vagar. Pasaba horas tumbada en cualquier sitio pensando cosas y poniendo nombres a objetos que veía. Podía hacerlo en un banco, en su terraza, tumbada en la hierba o simplemente acodada o a horcadas sobre una baldosa. No le gustaba el colegio, ni era lista ni tonta, ni guapa ni fea. De mayor quería seguir siendo lo que era y nunca entendió porque no existía tal profesión.

Una de las cosas que más gustaban a Calabaza (y había muchas porque Calabaza siempre hacía listas de cosas que le gustaban y cosas que no), eran los animales. Las ardillas, los perros y los gatos. También los conejos, los ciervos y los topos. Tenía toda la habitación empapelada con sus fotos. Le gustaban los cerdos

con sus gruñidos guturales y los pequeños saltos que daban las perdices entre los matorrales. Le parecía simpática la forma de mover el culo de los pavos y la ternura que irradiaban los orangutanes que veía en las fotografías de libros y revistas. Le gustaban los cachorros y una vez pegó una paliza a un niño de su clase que mató un pájaro con una piedra. Le pegó tan fuerte que sus padres la tuvieron que sacar de ese colegio y se quedó en casa el resto del año a la espera de encontrar otro colegio. Le pegó tan fuerte que nadie quiso nunca más juntarse con ella. Eso no le importó. Calabaza detestaba a la gente.

Debéis recordar que en Sijé solo había pájaros y algún que otro animal rastrero. Así que Calabaza soñaba con ver animales que jamás podría alcanzar a ver ya que estaba prohibido, terminantemente prohibido, salir de Sijé. Los técnicos y los senadores habían emitido leyes que castigaban severamente ese delito. Nunca, ningún ser humano: hombre, mujer o niño, había dado un solo paso fuera de Sijé.

Un día cuando jugaba ella sola a pensar en nombres bonitos para lagartos vio algo más allá del último adoquín de Sijé. Era algo muy rápido y lejano. Mucho más rápido que cualquier animal que ella pudiese imaginar. Aquella cosa iba de roca en roca, dando saltos de más de veinte metros. Se paraba unos instantes a olisquear, o eso parecía, y volvía a saltar. Justo como un descomunal saltamontes. A Calabaza, no se sabe por qué razón, le daban miedo los grillos y los saltamontes. Aun así pensó que era mejor ver un saltamontes que quedarse imaginando nombres de lagartos en el patio de su casa.

El patio de su casa era la construcción más lejana de Sijé y estaba justo encima del último anillo de la cola de La Serpiente. Así que una vez se salía de allí, en cuanto se traspasaba el muro de hormigón de la cara norte, acababas en el

anillo exterior. En el muro había un cartel que el gobierno había obligado a poner: al que lo traspase se le condenará a muerte.

Era un cartel bastante terrorífico. Calabaza se lo pensó un momento, dudó, y se encaramó al muro y luego bajó al otro lado. Esperó unos instantes, pensando que en cuanto tocara la tierra del anillo exterior algo o alguien, un agente del gobierno, la fulminaría con un rayo eléctrico. Pero como no pasó nada se olvidó de todo.

Calabaza tenía mala memoria y siempre vestía pantalones. No le gustaban las faldas porque si se caía al suelo se hacía rozaduras y era algo que odiaba. Como tenía mala memoria pasó la tarde entera tras Chico-Lobo y cuando volvió la cena ya estaba en la mesa y sus padres la esperaban aterrorizados. Tenían tanto miedo, por si venía un agente del gobierno y les fulminaba con un rayo, que ni siquiera hablaron del tema y se pasaron la hora de la cena mirando más allá de la ventana, hacia las luces de la ciudad Sijé.

Capítulo 2. Sijé

Antes de continuar con Chico-Lobo y Calabaza deberíais saber algo más de Sijé.

Sijé estaba hecha de fuego y sangre. De luz y hastío.

Pero además Sijé estaba llena de seres humanos. Hombres y mujeres por doquier habían prosperado unos sobre los otros. Habían construido transportes eléctrico-mecánicos y de combustión que les llevaban de un lado a otro. Iban al norte y por la noche volvían al sur. Pero no cazaban, excepto por el simple hecho de vaciar de otros seres vivos sus domicilios y sus calles. La ciudad era un frenesí de música vociferante y de vapores ígneos que eyaculaban las máquinas. Sijé era un festival anarmónico de trompetas desafinadas.

Sijé no dormía sino apenas un par de minutos y se veía continuamente inundada de mareas somnolientas de hombres que comprobaban las máquinas que subían a sitios a los que nadie quería subir. Era un lugar en el que todo el mundo estaba atento a procesos que producían efectos que nadie deseaba. De tal forma:

Las escaleras debían estar brillantes y lubricadas. Mas nadie quería subir o bajar.

Las pantallas deberían ser perfectas e iluminar a la distancia adecuada para la visión. Pero nadie quería mirar.

La caldera debía ronronear y escupir tenues silbidos de placer vaporoso pero nadie deseaba el agua caliente.

El chip debía estar impoluto, carente de polvo o de estática. Aunque nadie deseaba saber qué se derivaría del proceso algorítmico del chip.

En una palabra: Sijé era una bola de fuego disparada hacia la nada por un Dios vengativo que adoraba los fuegos artificiales. Y al igual que los fuegos

artificiales, en su esencia más última y profunda, su sola existencia era la mayor obra de arte jamás creada por el hombre. Su valor artístico residía en su absoluta futilidad. Nadie del círculo exterior ni del universo lloraría si la ciudad desapareciese. Era una secreción producida por el exceso de vitalidad del hombre. Una secreción pegajosa y enorme, adosada al lomo de La Serpiente, que crecía descontroladamente como un globo conectado a una bomba de presión.

Un globo que crece y crece debilitando al mismo tiempo su color rojo intenso mientras todos los espectadores cuchichean entre ellos:

- ¿Va a ser ya? -El marido a la mujer- No -La mujer al niño- ¿Explotará justo ahora? -El niño al hombre- Lo veo temblar -La mujer al marido-. Debe estar a punto, ¿no? -finalmente el niño-.

Pues Sijé, como el globo, estaba a punto de explotar.

Capítulo 3. Desde la distancia.

Volvamos a Calabaza.

Calabaza persiguió durante toda la tarde a aquella sombra que saltaba tan alto y se movía tan rápido pensando que podría evitar que, se tratase de lo que se tratase, supiese de su presencia. Esa presunción se debía a dos motivos: el orgullo innato del hombre, que piensa que en cualquier situación y en cualquier lugar sus habilidades son superiores a las de los otros animales. Y segundo, Calabaza, como todo ser humano que hubiera existido en Sijé, nada conocía del anillo exterior. Más allá del último anillo de la cola de La Serpiente todo era para los hombres un enorme interrogante.

Cómo es posible que una mujer de apenas catorce años se atreviese a hacer lo que, aun estando tan a mano, nadie nunca había intentado es un auténtico misterio. Quizá el tedio absoluto añadido a una buena dosis de la amoralidad propia de los seres de carácter vivo, la habían situado allí. Sin duda, si sus congéneres lo hubieran sabido no habrían dudado ni un solo instante en colgarla y apalearla hasta la muerte. Hecho tal que debería bastarnos para perdonarla por sus vicios que aun siendo grandes –la pereza y la curiosidad– no tienen parangón alguno con el acto siempre repulsivo de formar una turba.

De tal forma Calabaza pasó la tarde persiguiendo una quimera. A punto siempre de poder alcanzar a distinguir a su presa pero continuamente perdiéndolo en el último instante. Si había visto cómo se escurría entre dos rocas lejanas y se iba hacia ellas a toda prisa, cuando llegaba una sombra delataba que lo perseguido acababa de girar tras el último alero. Si descendía escondida entre los arrozales,

cubierta de lodo la camisa y el pantalón, sabiendo que al llegar a la laguna hallaría a aquello, en el último momento, justo antes de apartar las últimas cañas, aquello salía disparado hacia el cielo como proyectado por una mano invisible.

Aún así, Calabaza, que no era un ser carente bajo ningún concepto de genio o grandeza, se sentía extrañamente feliz. Aquella simple actividad, la de la caza, olvidada ya por sus ancestros, la transportaba a un estado nunca antes degustado: un estado de alegría y placer. Y Calabaza se divertía. Y en ese divertirse dejó de pensar. Dejó de poner nombre a las cosas o de imaginar qué pasaría si...para simplemente correr, arrastrarse, avistar y esconderse. Correr tanto y tan intensamente como para que al anochecer, rodeada de una inmensa cadena montañosa encendida en brumas, sintiese sus pómulos rojos como el fuego y el aliento retirado, haciéndose difícil respirar.

Así fue como Calabaza se sintió viva por vez primera. También por primera vez vio agua corriendo sin ser canalizada, la luz de las estrellas allá en lo alto y otro ser vivo que no fuese un hombre, una rata o un perro. Así que en cierta forma también olvidó a su presa, cosa que sólo el hombre puede hacer porque los animales nacieron para persistir hasta la muerte y el hombre únicamente para faltar a sus promesas y, durante unos cuantos y preciosos instantes respiró con la libertad de haber hallado un lugar en el mundo. Cuando esa sensación se fue no la dejó vacía o triste sino que la colmó de augures benignos. Augures de más allá del anillo exterior que le estaban vetados.

Calabaza volvió a casa. Volvió no como vuelven los ladrones o los seres viles que se esconden en las sombras. Tampoco volvió cubierta de vergüenza o de desánimo como hacen los borrachos helados hasta el tuétano por el rocío. No. Calabaza volvió con algo nuevo en el corazón y en el espíritu. Un pensamiento

todavía impreciso pero que la alentaba a no dejarse amilanar ni derrotar. Era lo que se llama a veces, en muchos lugares del mundo, una esperanza. La esperanza es un vicio que una vez comienza es imposible erradicar y que colma al receptor de ideas muy poderosas que en algunas ocasiones le llevan a la gloria y en otras muchas al dolor.

Sin lugar a dudas Calabaza se hubiera cuidado muy mucho de incendiar esa esperanza si hubiera sabido algo más sobre el mundo. Ése algo que, también hay que tenerlo en cuenta, ella nunca hubiera podido saber. Porque con aquel salto a la valla, había entrado en un realidad donde la esperanza es una ley desconocida. Donde, de hecho, ninguna ley que hubiera ella podido enumerar valdría más que el vaho invernal que recorre la ribera del río o una corriente de humo ascendente por la chimenea. Porque el mundo de Chico-Lobo se fundaba en una ley fundamental y única de la que se derivaban, con salvaje pleitesía todas las demás: aquella era la ley de la muerte.

Capítulo 4. Repetición.

Día tras día Calabaza adquirió la costumbre de perseguir a aquella sombra a través de los páramos, bosques y riberas. No como un objetivo en sí mismo sino como una excusa. El embrujo surgía pues de lo que un pintor hubiera llamado el paisaje, es decir: el conjunto. Eran los animales que se espantaban a su paso o el tacto de las hierbas bajas contra las pantorrillas al arrastrarse por el suelo, lo que producían un placer desconocido para Calabaza. De la misma forma que en los juegos similares al escondite la diversión se halla en el mismo acto de perseverar, Calabaza no perseguía para poder llegar a ver a Chico-Lobo sino que se veía sumergida en el placer del acecho.

Pasó un mes sin que nada extraordinario sucediese excepto esa rutina de saltar la valla y correr tras una sombra. Sin que nada perceptible cambiase en Calabaza excepto, quizá, cierta amplitud de miras típicamente agreste y el saber

sobre un tipo de vida que hasta ahora le era totalmente desconocida. La vida intensa de los seres del círculo exterior...de mamíferos y roedores que pueblan las lindes y las colinas.

Así llegó el invierno y la vida se retiró a sus cuarteles: bajo-rocas salinas, a roquedos musgosos y entre-túneles semiacuáticos que bordeaban los pantanos y ríos. Las madrigueras fueron selladas con arena y piedras, con ramas y cera, y el frío preñó las laderas de escarcha y azul hielo. Entonces el aire se transformó en una navaja y en agujas de coser y el cielo quedó limpio y seco. Los animales se escabulleron del frío. Así fue como Calabaza se quedó sola con Chico-Lobo.

Capítulo 5. De cerca, más de cerca.

Con la llegada del invierno, Calabaza vio desaparecer todo lo viviente del círculo exterior. Parecía que hasta los detalles más nimios: el viento, la humedad abandonada por las plantas en el haz de sus hojas o las variedades más ínfimas de vida animal, habían sido alejadas por un soplo glacial. Acompañando esta sensación apareció la intuición de que aquella sombra, aquel ser saltarín y veloz, cada vez se escondía menos. ¿Era realmente posible? No estaba segura de si quería averiguarlo. Sus huidas cada vez más ajustadas, sus recortes cada vez más frágiles y hasta el perfume de su cuerpo era todavía perceptible cuando Calabaza llegaba a la hondonada que había sido abandonada instantes antes.

Chico-Lobo olía a tierra y a brasas. Olía igual que el fuego extinto que se deja en el bosque, ya apagado pero con el calor residente en tierra. Calabaza nunca imaginó que algo o alguien pudiera oler de ese modo. Nada, desde luego, que no fuera llama, mecha o fuego en sí mismo.

El día del solsticio de invierno la sombra dejó de moverse. Lo vio nada más saltar la valla, allá plantada sobre un pico agrietado contra el cielo, erguido como un mástil de proa contra el viento que hacía agitar el pasto. Calabaza empezó a correr, según su juego habitual. Corrió colina arriba, mirando a lo alto, con la sensación de estar a punto de caer por no mirar al suelo pero a la vez resistiendo ese impulso cobarde:

- Mira. Mira hacia él porque está a punto de saltar -para sí mientras ascendía con el vaho saliendo de su boca como si fuera un brasero-. Está a punto. Le falta nada. Sus músculos ya están tensos. Ahora. Pero no -dudaba-. No salta -cada vez avanzaba más, subía más. Pero Chico-Lobo no seguía el juego. No saltaba. No corría ni se escondía entre las nieblas que bajaban galopando la ladera bullente de verde y pardo helado-.

- ¿Si no salta? ¿Si no salta volaré por las nubes y por encima de las rocas y lograré alcanzarle? ¿Qué será él? ¿Cómo serán sus labios? -se sorprendió pensando en sus labios- ¿Cómo sabía que tenía labios para ser besados? -y ahí se sorprendió más porque nunca se había figurado que aquel ser tuviese un cuerpo que abrazar o unos labios que besar, ni que ella fuera a besar a nadie, nunca.

Besos. Sí, de repente los conocía. Sabía cómo debían ser. Que eran así porque así es como tenían que ser. Calabaza había adquirido cierto conocimiento

de las leyes de la naturaleza. Poco a poco se le había impregnado en el entendimiento, sin maestro ni esfuerzo, algunas gotas de ese almíbar que solo los animales conocen: el bramante del destino que nos sostiene y dirige a su antojo. Entonces supo que amaría y que él no se movería. Que tendría brazos que la abrazarían, labios que la besarían, un regazo para hundirse y un cabello que amasar las noches de ensueño.

- ¿Amar? -pero no se detuvo ante la idea- ¿Amor? -surgió una sonrisa en la cara difuminada por la carrera- ¿Qué es eso? -pero ya era ironía. Nada más-.

Redujo el paso ¡Se sentía hechizada por el ser que tenía delante! O mejor dicho: algo en su espíritu aparecía ante ella, algo ya pasado, pero que por azar o por designio no se había querido mostrar antes. Aquel sujeto no era nuevo, ya lo había visto de cerca. Ya conocía sus rasgos. Pero, ¡qué embrujo imposible!, no los había querido reconocer. Así que recordó que ya le había tenido muy cerca y que era guapo y con forma humana.

- Guapo y con forma humana -dijo en voz alta mientras sus piernas apenas avanzaban-. Excepto. Excepto esas orejas de lobo y esos colmillos filosos de ofidio –¡Veneno! pensó para sus adentros y ahí sí se detuvo como la persona que se pilla los dedos y retira la mano tarde porque el dolor ya le está torturando–

Había, sí, las garras que surgían de entre sus dedos humanos. Garras que eran gruesa uñas endurecidas de más de veinte centímetros de largo. Mas el hechizo era demasiado intenso, la curiosidad, y volvió a avanzar aunque cautelosa. Con la escarcha resquebrajándose bajo sus pies a cada paso. Despacio. Mirándole a los ojos. Sin prisa. Le alcanzó como se alcanza la ciudad natal después de un

largo viaje, tras la ausencia de un trabajo arduo y sin sentido. Entonces ya sabía que no era posible evitar el contacto porque una ley natural había sido ya pronunciada.

Los animales de la montaña también lo supieron, escondidos como estaban en la profundidad de la tierra y por igual lo supo La Serpiente, enroscada en las entrañas ardientes de Sijé. Todos los seres verdaderos, los seres que poseían algo de honor sintieron como la ley natural respiraba y expiraba un humo que era fuego. Era el ardor de aquellos dos lo que encendía sus armas inextinguibles.

- Yo soy Chico-Lobo -aquel cuerpo menudo y de niños salvaje estaba frente a ella a pocos palmos-. No temas. Nada has de temer porque esto ya está escrito -Calabaza se fijó en los ojos por primera vez ¡Era posible no haberse fijado antes! Brillaban como esmeraldas de cien tonalidades de verde: el color de las serpientes y del peligro- Yo, Chico-Lobo, soy tuyo.

- Me llamo Calabaza –quedándose en silencio después de pronunciar su nombre. No sabía que decir. Algo se le incendió dentro y le brotaron las palabras con la parsimonia del rumiante...– y creo que sí: tú eres mío. El mundo entero es, ahora, mío.

El miedo desapareció. Se agarraron las manos y jugaron. Jugaron días y noches. Siempre en la oscuridad tenue de las estrellas. Se besaron bajo la tierra mientras corrían sobre hongos y helechos, dejándose acunar sobre las ramas nevadas de los árboles.

Calabaza jamás volvió a Sijé y así fue como terminó la historia de la edad de Sijé y comenzó la guerra.

Parte IV

Capítulo 1. Chico-Lobo.

Chico-Lobo no necesitó tanto tiempo para ser consciente de lo que pasaba. Al contrario de lo que se podría pensar, aquella atracción que para Calabaza era incomprensible e indescifrable a él se le mostraba con toda claridad, en sus más íntimas ramificaciones. Se trataba de un impulso promulgado a viva voz por el Espíritu del Mundo, cuyo sonido había saltado como un resorte de forma incomprensible. Como si la misma ley natural habitualmente inmutable hubiera decidido cambiar, por su propia cuenta y riesgo, y el flujo entero de la vida se desbocase hacia ese encuentro.

Nunca había, ni siquiera en lo más externo del océano, Chico-Lobo visto con tanta claridad al Espíritu del Mundo. De la misma forma que se puede averiguar que hay alguien detrás de la puerta, sin verle, porque esta se abre o que los cuerpos se atraen unos a otros sin que veamos cuál es la soga o la palanca que los une, así, se dio cuenta Chico-Lobo que el Espíritu era real. Más aún, que para saber de él nunca había que buscarle sino en sus obras, es decir, detrás de cada hecho al que él apoya con fuerza.

Chico-Lobo supo, por lo tanto, que sería feliz y que un destino doloroso le esperaba tras esa felicidad. ¿Cómo pudo surgir entonces ese amor entre un ser que era en gran parte bestia y una mujer humana? No es posible saberlo. Porque si es verdad que Chico-Lobo tenía más de Sol que de bestia y mucho más de bestia o de animal herido que de humano, ¿Quién puede saber hacia dónde nos conduce y a qué sabe nuestra carne indómita? Así que después de haber odiado a

una madre natural, haber amado a la madrastra y a ésta haberla visto morir entre los brazos. Incluso una vez habiendo hablado a La Gran Ballena que hay más allá del mundo, supo sin lugar a dudas que su camino acababa aquí y no sentía pena alguna. De hecho, por sorpresa, estaba feliz.

- ¿Puede que esto sea el hogar? -pensó Chico-Lobo-.

- Sí, esto es el hogar -dijo Calabaza lánzándose con el ladera abajo con sus cuerpos desnudos hiriéndose contra la maleza helada-.

Aquel tiempo Chico-Lobo lo vivió como sólo un cachorro podría. Por un instante volvió a sentirse en su sitio, en la casa que jamás debiera haber abandonado pero que realmente tampoco abandonó. No es falso que podamos decir que al haber vivido feliz apenas unos pocos días, los suficientes hasta formar un invierno completo, Chico-Lobo tuvo una vida con mayúsculas. Una existencia como pocos seres pueden tener. No tuvo una vida de hombre, ya que no lo era, ni tuvo una de animal, porque los animales se emparejan pero no sienten el profundo amor celoso, reservado a los hombres como condena.

Necesitó, para llegar a casa, no ser ni lo uno ni lo otro sino ser los dos.

Capítulo 2. Invierno.

Invierno es la reflexión y, por lo tanto, el horizonte del mundo. Él es el silencio que la melodía necesita para ser algo más que ruido. El invierno dota al mundo del *tempo* necesario. Debido a su esencia detiene las cosas: el agua se enfría y congela. La lluvia golpea con la fuerza del huracán calando la tierra hasta el tuétano. Enfriando ésta se posibilita que la vida siga su camino sin el calor infernal que abarrota el corazón terroso.

Fue aquel invierno la gracia que desbordó el alma de Chico-Lobo. Nadando entre las aguas termales que se vertían desde los altos picos helados descubrió el sexo. Éste fue para él más que un goce, una auténtica resurrección. Nada empujó a Chico-lobo ni adentro ni afuera. No quiso buscar en ningún sitio más. Nada más deseó. Calabaza, de la misma forma arrebatadora, olvidó sus padres y colegio. Olvidó su cuerpo de mujer y sus vestidos. Vivió como un animal. Casi. Sí, casi. Porque ella estaba protegida por Chico-Lobo y no hay animal en el mundo que sepa ni por un instante qué es la protección:

las guaridas de los topos son invadidas por las cobras. Los altos nidos de las águilas son atacados por córvidos sedientos del amarillo de los huevos. La inmensa profundidad del mar es acosada por seres oscuros, de grandes ojos, dispuestos a alargar su boca y devorar cuanto animal huya aterrado arrastrándose por el fondo marino. No hay paz para los animales, ni regocijo ni curiosidad que no se pague.

Por lo tanto Calabaza vivió aquel invierno en un ensueño animal. Un falso estado en el que su conciencia humana se atenuó y su vida fue carrera y humo, lluvia y fango. El salpicar y el deslizarse corriendo arriba y abajo durante el día para yacer dormidos en el corazón de la montaña de noche. Allá en el centro de aquellas gigantes rocas talladas por el tiempo se mantenían calientes y seguros en un abrazo oscuro. Calentándose el uno al otro sin dudar de nada y sin temer. Fueron por tanto bestias, quizá diferentes, pero bestias al fin de al cabo.

No estaban seguros por el hecho de estar en el círculo exterior sino por la mera presencia de Chico-Lobo al que ningún animal se le habría acercado desde que dejó a Nata al borde de los pastos. Ningún animal que mereciera ese apelativo lo hubiera hecho porque para ellos el olor de Chico-Lobo significaba muerte y el veneno de sus colmillos impregnaba de tal forma los olfatos que los agostaba. Sus garras brillaban en la noche como oscuras gemas mientras que sus dientes lo hacían como perlas a la luz de la luna. Además estaban sus ojos, aquello que había heredado en toda pureza de su madre, y que los animales no necesitaban ver, oír u oler para saber hacia dónde miraban. Unos ojos que todavía no se habían abierto por propia voluntad. Que no cegaban y que no observaban en toda su capacidad para no quemar con su oro fundido.

La noche que deja exactamente tantos días de invierno pasados como por

venir, mientras dormían en el corazón de la montaña, apareció el Rey Oso con su corona de canas doradas y su paso fatigado. Chico-Lobo se sorprendió al darse cuenta de que más allá de él y Calabaza seguía existiendo un mundo. Por respeto al Rey Oso se hizo el dormido y dejó que el animalillo entrara en la cueva y se sentase en una roca con forma de palma. Así permaneció hasta que el topo carraspeó y él se incorporó bostezando con grandes gestos como hacen los niños que no quieren ir a la escuela.

Capítulo 3. Un recordatorio de otros tiempos.

Calabaza tardó más en incorporarse. Simplemente no estaba acostumbrada a estar alerta mientras dormía ni había sido criada con el poema de los depredadores. No se la podía culpar por ello.

- Este es el Rey Bajo la Montaña, el Rey Oso, rey de todos los mamíferos y de los habitantes del círculo exterior desde el borde exterior hasta los

páramos –dijo Chico-Lobo en forma de presentación, señalando al topillo adormilado sobre la panza de la palma—. Ésta, antiguo amigo, es Calabaza.

Aunque Chico-Lobo no se había inclinado lo más mínimo y sólo había señalado a la criatura con un gesto amplio del brazo circunvalando la bóveda para terminar en el topo, Calabaza sí realizó una pequeña inclinación. Pero ésta era de sorpresa ¡Nunca había visto un animal salvaje tan de cerca! ¡Nunca hubiera soñado con algo parecido!

A Calabaza se le antojó que aquel topo era la cosa más increíble del mundo. No sólo por su aspecto frágil e infantil sino también por su complexión y su regia corona de pelo. Pero lo que la dejó sin respiración fue que el topo hablara con aquella voz baja y aguda que provenir de lo que se le antojaba una caja de música encerrada en sus tripas.

– Hola Chico-Lobo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Hola, Calabaza. Encantado de conocerte –dijo el Rey Oso recostado en la oscuridad—. Traigo un regalo para ti, Calabaza –y extendió su pequeña zarpa para mostrar un pequeño cubo de madera. Calabaza se vio en la necesidad de acercarse hasta el Rey Oso para poder verlo mejor. Era un cubo tallado en madera de nogal, perfecto y sin ninguna grieta o fisura. Estaba extraordinariamente bien pulido y se veía pequeño incluso en las manos sonrosadas del topillo—.

– Muchas gracias –dijo titubando como un niño ante un animalillo muerto: asustado y fascinado a la vez—.

Calabaza cogió el cubo entre su dedo índice y pulgar y la invadió la sensación de estar ante un objeto familiar, que le correspondía por naturaleza.

– Esto –dijo el topo– es la representación de algo que está ya dentro de ti. Ahora sólo de ese mísero tamaño: un milímetro por un milímetro por un milímetro. Poco más que un milímetro cúbico de algo que es vuestro y solamente vuestro. Con eso quiero decir –y arrojó una mirada rápida y brillante sobre Chico-Lobo– que no tiene nada de La Serpiente. Pero con el tiempo crecerá y crecerá como creció el arbusto del que partimos la madera para tallar este cubo. Tú misión Calabaza es decidir si esto es lo que lleva al sendero. Si esto es lo que tú quieres –y recalcó ese tú que resonó agudo como un golpe de arpa– tal como diríais vosotros los humanos. Aun tienes tiempo para elegir, pero no puedes evitar esa decisión. Porque luego será tarde y esa madera te será muy querida y no querrás sacrificar el árbol para tallar lo que tiene que ser tallado.

Calabaza se sintió confundida. El lenguaje de aquel animal era demasiado críptico y somnoliento y por ello era difícil seguir aquellas palabras que parecían anudarse sobre ella y susurrarle: *decide, decide*.

– Pero no comprendo lo que quieres decir -su voz pareció despertar adulta como una primera fiesta de la primavera que se escapa en el recuerdo–. ¿Qué quieres que decida? No te entiendo.

Entonces Chico-Lobo, que hasta ese momento se había mantenido al margen al otro lado de la cueva. se entrometió en la conversación Y dijo así:

– Quiere que decidas entre tú y yo y el futuro –y esa palabra se le escapo de la lengua como el que escupe algo que le tiene sin cuidado–. Ese cubo, según el Rey Oso, representa lo que obtendrás si me dejas caer y yo represento lo que tienes que elegir si decides tirar el cubo. El camino está

cerrado, el mundo animal ha hablado: deberás decidir según la ley animal, o yo o lo que hay detrás del cubo.

Calabaza fue poseída inmediatamente por grandes deseos de tirar muy lejos aquel dadillo de madera insignificante. Trató de tirarlo pero no pudo. Trató de soltarlo de su mano pero tampoco fue capaz. Había algo dentro de ella, algo que luchaba con fuerza en sus entrañas, que no la dejaba actuar. Una voz que bloqueó sus cuerpo y que comenzó a susurrar: *decide, decide pero no aún. Todavía no. Espera un poco a que sepas a dónde vas.*

Capítulo 4. La vida debe continuar.

Así quedó como petrificada mientras Chico-Lobo y el Rey discutían. Oyendo ese escaso murmullo que provenía con toda claridad de su mismísimo interior. Helada ante la idea de que en su mente hubiera algo más:

– Chico-Lobo, con todo el respeto y el temor que mereces, calla –la voz del topillo retumbaba en los ángulos de las cavernas tratando de elevarse por encima de la dignidad de Chico-Lobo—. No hablaba contigo.

– ¿Por qué me tratas así viejo amigo? –Chico-Lobo hablaba tratando que sus palabras fuesen más rápidas que sus garras—.

– Ya no somos amigos -sentenció el topillo-.

No les escuches a ellos porque ellos no saben lo que tú tienes que conocer. Mejor dicho, lo saben, los dos, pero a ti, ¡solo tú te lo puedes decir a ti misma!

– ¿Por qué Rey Oso, por qué hemos dejado de ser amigos y aliados? –pero en sus palabras de amistad había un eco de muerte—.

– Porque tu senda se ha separado ya definitivamente de la nuestra –el topillo agachaba la cabeza, apartado la vista de la ira que iba creciendo en su contrario—. No habitas en este mundo ni en el otro. Eres una chispa destructiva que se agita a la espera de hacer saltar el mundo. En otro tiempo eras un cachorro y seguías nuestras reglas y nuestro código. Ya no lo haces.

– ¡Yo hice lo que se me dijo! ¡Cachorro! ¡Lo que tú y otros me dijisteis! -los griotos de Chico-Lobo retumbaron como las olas contra el dique haciendo que la montaña entera temblara—. Atravesé el páramo y destruí al cangrejo. Me interné hasta lo más profundo del mar y hallé lo necesario para hablar con La Gran Ballena. Volví ¡Sufrí impotente la muerte de mi verdadera madre! –pero la voz se le quebró cuando su furia ya estaba desprendiendo los techos de piedra y levantando el vaho de la roca a punto de hervir—. Todo para nada –dijo repentinamente como el corredor de maratón sin aliento– ¡Idas y venidas arrastrado por vuestro destino! La vida, hasta de los dioses, es tan solo un juego ¡Un vaivén incontrolable! ¿por qué me repudias yo que he sido vuestro perrillo?

– No te repudio. Únicamente no te reconozco –la voz del topillo tratando nerviosamente de no fermentar más la ira de Chico-Lobo—.

Más al fondo ¡Vamos Calabaza! Hale-hop. Hale, Calabaza. Piensa. Medita. Un invierno empezó y tú estabas corriendo entre los pastos agarrada de la mano a Chico-Lobo ¡Qué placer! ¿Cómo corría el ciempiés sobre tu cuerpo? Piénsalo.

– Me hierva la sangre con vuestras leyes y vuestros consejos.

– Lo sé y por eso ya no te reconocemos –sentenció el topillo—. Ningún animal se te aproxima ni se te aproximará voluntariamente. Sangre y fuego, ¡la muerte está contigo! Olemos el peligro –la diminuta mano del topillo extendida como para prevenirse de un golpe imaginario—. Ni yo me atrevía a venir hasta que supe que no habías ido a visitar al Rey de Las Águilas como te dije hace tanto tiempo.

– Pero ¡Tendréis valor criaturas serviles! ¿Todavía esperáis de mí que siga vuestras sendas y consejos? –la ira volvía a crecer como una llama arengada por el viento–.

Aguas termales sulfurosas. Recuerda la belleza de este mundo que te estaba vedada y ahora trata de perforar tus miedos y limitaciones...exacto. Piensa como un animal. Piensa en el equilibrio y la inmensa mortalidad ¡Aya, es un círculo! ¡Ah, el círculo! Piensa en él.

– Debes ir –trató de imponerse el Rey contra una sombra furibunda que crecía contra las piedras brillantes–.

– ¡No! ¡Maldito embaucador! –Chico-Lobo comenzó a extender los brazos concentrando su rabia en lo que sabía sería un ataque imposible de detener para todas la criaturas mortales– No tengo necesidad ¿Para qué ir a verle? –ya casi gruñendo y las garras prestas para seccionar el hierro y el hueso– ¿Qué queda por completar? Ahora solo me queda esperar y tú lo sabes.

– No –tranquilo en medio de la tormenta, los ojos fruncidos ante la violencia del viento que provenía de Chico-Lobo–. Te equivocas –el Rey pensó en que la cuerda estaba a punto de soltarse y que en su violencia se le podía llevar a él y a todos sus súbditos por delante–.

– ¿Para qué? ¿Para ser aún más rechazado? –y Chico-Lobo apuntó directamente a su presa. Había tomado la decisión de arrancar su vida y todo lo de alrededor y elevarlo en una columna de magma hasta las estrellas–.

– Sí. Para eso y para que despiertes a La Serpiente. ¿Qué crees cachorro

–diciéndolo a propósito sabiendo que si debía morir al menos no debía comerciar su dignidad–, que no está al corriente de lo mismo que tú sabes? ¿Por qué no se lo has dicho? ¡Estoy seguro que ya has oído lo que ella sola está a punto de entender en este mismo instante! –grito y lanzó toda su energía propulsada hacia Chico-Lobo con la vana intención de detener su cólera aunque fuera un instante–.

Chico-Lobo apartó la radiación como se aparta el velo de la novia en el tálamo y mandó sus garras a lo largo y ancho del cuarto convocando el veneno y el fuego para que nada vivo quedase a su lado...

Sí. Ya lo sabes. Ha pasado el tiempo justo. Las cosas viven y mueren. Ley natural. Ahora lo sabes...

...en el momento justo en que iba a abrir las esclusas de su violencia oyó la voz de Calabaza detrás de él.

– Estoy embarazada –dijo Calabaza como un alumno que consigue alcanzar la respuesta adecuada un instante antes de que el profesor claudique–, tendré un hijo –Chico-Lobo bajó sus garras y la luz que emanaba de su cuerpo se detuvo como la del quinqué ante el aliento de la esposa y el silencio se hizo en la cueva–. ¡Seré madre!

El topillo después de un pequeño respingo, se empezó a incorporar sobre la piedra como si su trabajo ya estuviese realizado:

– Ya está hecho Chico-Lobo – mientras miraba a Calabaza con una expresión de infinita gratitud–; no tenías que tener miedo. Ése es el camino que te enseñamos. El animal nunca siente verdadero miedo excepto por lo

que le hace vivir. La muerte es un valor seguro –El topillo comenzó a alejarse de espalda a los dos y a internarse en la oscuridad de sus dominios de eco–.

Calabaza apretó el cubo de madera entre los dedos, la voz desapareció pero la alegría que escondían sus aristas no. Si ya había encontrado su hogar con Chico-Lobo ahora ese hogar parecía ser algo más. Podía ser un futuro. Un futuro comprimido en el corazón de aquel cubo de madera. Cuando el topo ya se había ido y sus pasos eran casi imperceptibles a través de los pasadizos de cuarzo llegó su voz de arpa de nuevo:

– Gracias Calabaza –como un suspiro de amante– pues pensaba que no lo harías a tiempo. Gracias niña. Me has salvado la vida... –y luego la voz siguió pero esa parte ella no la conoció hasta que Chico-Lobo se la relató en la ascensión a las montañas, porque los susurros de los topos son muy débiles y sólo los animales que los cazan pueden llegar a alcanzarlos si el topo se ha propuesto no ser oído–.

Capítulo 5. El funambulista a las puertas de Sijé.

La Serpiente no estaba sorda a lo que pasaba a su alrededor. La aparición de Chico-Lobo la había despertado lo suficiente. Millones de pequeñas intuiciones, transmitidas a través de la tierra como en un telégrafo, llegaban a su cabeza y eran procesadas con divina perfección. Sabía que él había vuelto y se mantenía a la escucha como el soñador de pesadillas espera tras la puerta: deseando y a la vez temiendo que el enemigo imaginario traspase el vano con el cuchillo en la mano. La Serpiente sabía del embarazo y de los juegos amorosos: percibía en los bordes mismos de su piel sus idas y venidas. Tan cercanas a ella, a su territorio: Sijé. Un runrún sacudía su tímpano interno. Un runrún que se le antojaba cercano. Se preguntaba entonces a sí misma

– ¿Vendrá? –la reconcomía la duda en su lecho– ¿Tendrá el valor para atravesar mis fronteras? ¿Por qué se acerca tanto sabiendo que un solo traspies puede hacerle atravesar la barrera invisible que tiene prohibida? –le enfadaba la osadía de su hijo que se le antojaba un insulto– ¡Insensato!

Si es verdad que no tenía miedo, no lo es menos que oscilaba de la alegría carnicera del depredador que desea castigar a la presa a la prevención cuidadosa del jugador de cartas que sabe que la apuesta está ascendiendo demasiado. Ambos extremos activaban su cuerpo con oleadas de energía. Ambos extremos le provocaban espasmos breves de ansiedad y lujuria. Ansiedad por la sangre y lujuria por la muerte. Tanto la muerte como la sangre encendían el carbón de su cuerpo ¡Ardía por dentro La Serpiente! ¡Ardía en llama viva ante la asfixiante espera subterránea!

Sentía en el borde de su piel los pasos raudos de los juegos infantiles de su hijo. Las caricias para ella eran fino arañosos de escorpión. Los juegos acuáticos erupciones le despertaban en la piel erupciones de ponzoña. Todo su cuerpo enfermaba de atender sin descanso a la hipotética de Chico-Lobo en su lado de la frontera ¿Por qué demonios se acercaba tanto? Esperaba la caída como un barrenero que atiende la explosión prometida.

Capítulo 6. Sijé o la caldera del día de difuntos.

Aquella tensión empezó a calentar el cuerpo de La Serpiente ¡Calor! El calor se elevaba hasta la superficie de Sijé a través de los conductos de ventilación. Un calor residual que encendió a los hombres y sus máquinas. La ciudad ardía por dentro y fuera con luces violáceas, rojas y amarillas. Flores de fuego entre los jardines parecían haber sido plantadas. ¿Se preparaba el hombre para la guerra? No, simplemente gastaban el excedente.

– ¿Por qué tanto derroche de calor procedente del núcleo? –estaban aturdidos en las altas esferas del comité senatorial– ¿qué le ocurría al mundo que malgastaba tanto sus recursos?

Era mucha la energía repentinamente liberada que ellos no podían utilizar. Así que en oleadas una infinidad peligrosa se escapaba por las alcantarillas y las rejillas de condensación. Si eso seguía así se freirían como huevos encima de la sartén. Se desató un pavor que solo podía ser conjurado por las cataplasmas tranquilizadoras del trabajo ordenado y concienzudo.

– ¡Ingenieros gastad! ¡Gastad hasta que no quede una gota! –escupían los magnetófonos y los hilos musicales–.

– ¡A sus ordenes comité central! –respondían los obreros y los técnicos mientras se afanaban de un lado a otro de la ciudad–.

– ¡Gastad en elevarnos hasta el cielo, en que las escaleras suban y bajen más rápido, que doblen los turnos! –Fuego era el alcantarillado y rojas eran las chispas que desprendían las ruedas contra los raíles. Roja la luna que brillaba en el cielo siempre despejado del frío invierno. Rojas las casas ardiendo de carbón con dos chimeneas en cada cuarto escupiendo hollín sin descanso. Rojas de calor y de asfixia. Rojo, sobre todo, el corazón de las fábricas siderúrgicas, metalúrgicas y del acero que bombeaban el calor, como una sabia especial, de dentro hacia fuera– ¡Que giren las espitas y las compuertas! No cejéis en el empeño ciudadanos e ingenieros –los altavoces gemían por la presión–.

Pero el calor seguía elevándose y La Serpiente, que supo del embarazo,

oliendo desde lo más profundo de la tierra seca el germen de su hijo ensanchando el vientre de Calabaza, olvidó a los hombres. La Serpiente olvidó sus antiguos pactos y dejó de pensar en todo menos en su hijo y el descendiente de su hijo: ¡Cómo manaba el ardor igual que en un tronco que de tan atizado se enciende con un silbido de fuego! Un silbido que surgió de la tierra como el electroacústico que llama al turno de trabajo vespertino en la ciudad minera.

El agua hirvió en las casas, atravesó las ventanas a presión en forma de vapor. Se elevó en columnas de blanco ceniza que interrumpió la luz de la luna. Las ruedas se derritieron; también el caucho, la goma y hasta el barro se coció debajo de los parques y de las avenidas que bullían también de actividad:

– ¡Calienten todo ciudadanos! –se oía en los televisores, las radios y los altavoces de emergencia– ¡Quemen la madera y el agua! ¡Así el calor no nos alcanzará y sólo se elevará hasta los cielos! Que se malgaste todo en hacer arder el mundo y sus ratas para que ni una chispa nos alcance a nosotros –así, desesperados, las grandes mentes de la ciudad telegrafiaron en sus ondas de radio–.

Sijé se convirtió en una bola de fuego enjambrada emitiendo un rojo pálido a través de la noche eterna. Así la vio Calabaza desde un collado a más de cinco mil metros. Con las torres que sujetaban el mundo rasgando el aire a su lado hacia la inmensidad estrellada. Los dos se giraron y en la distancia vieron las bolas de fuego surgir como pompas de gas en un pantano.

– ¡No! –Se escapó la voz de Calabaza– Mira allá –Pero Chico-Lobo lo había visto mucho antes que ella con sus ojos de serpiente. Era su antigua casa brillando con destellos pavorosos en la noche ¡Calabaza la había olvidado! ¿Cómo era posible? Entonces recordó algo más– ¡mis padres, Chico-Lobo! –Pero todavía no

sintió culpa. Quizá por la lejanía de las llamas y su alma o porque tomando de la mano a Chico-Lobo hasta el pico más alto, el del noroeste, el espectáculo del cosmos se le presentó rotundamente apabullante. En lo alto, en el azimut, el muro celeste hallaba su base. En él las estrellas casi se podían tocar con la mano y alrededor en la tierra las águilas tenían sus nidos de ramas y hielo—.

Capítulo 7. El ascenso al cielo del mundo.

De noche, como refugiados, ascendieron con el espectáculo pirotécnico a la espalda. El fuego crepitaba en el camino como en un teatro. Calabaza estaba fatigada y siendo más acarreada como un fardo que subiendo como un ser humano. Algo parecía quitarle toda su energía y quería tan solo dormir y descansar. De cuando en cuando se paraban y miraban atrás. Así, con la mirada puesta en su Sijé en llamas, entrecerraba los ojos un instante al menos tratando de ver más allá quizá buscando una razón para todo aquello.

A media noche, bajo un manto de frío que caía pesadamente de las cumbres que ya casi podían alcanzar con solo estirar los brazos, Calabaza se derrumbó. Sus piernas dejaron de responder y quedó mirando los fuegos en el horizonte con las manos tapándole la boca. No habló. No miró a Chico-Lobo. Se quedó clavada fuesen cuales fuesen las súplicas susurradas de Chico-Lobo. Él la miraba mientras los rasgos se le iluminaban alternativamente como el cielo en un espectáculo pirotécnico.

– Calabaza. Debemos continuar –al tocar con su mano su hombro percibió una resistencia brutal. La resistencia que da la roca, el hielo y el hierro–. Sé que es difícil pero no creo que quede nada de ellos -se pudo a su lado y la rodeó con su brazo desnudo para mantenerla caliente–, mi madre está despertando y su calor hará que la tierra hierva y engulla todo lo que se encuentra a su paso –sus cuerpos estaban muy juntos y notaba que había una idea extraña a Calabaza dentro de su cuerpo. Como si una fuerza desconocida e inmaterial de un poder desconocido por la materia hubiese dejado allí algo que antes no estaba y ese algo había a comenzado a girar

dentro d la cabeza de Calabaza—. No me asustes Calabaza ¡Respóndeme, por favor!

No respondió. Seguía a su lado, en silencio, como un bloque de hielo en el que las larvas esperan una sola chispa de primavera para agitarse llenos de vida.

– Te relataré una cosa que quizá te ayude –dijo en voz muy baja Chico-Lobo como si ahora hablase para sí mismo—. El Rey Oso nos dijo algo pero tú no pudiste oírlo. Creo que este es el momento de que te las repita. Sólo escúchame y trata de permitir que avancen en tu espíritu. Habló así:

Subid a ver a la Reina de las Águilas, subid ambos a ver al Rey sobre la Montaña. Tú, Chico-Lobo hallarás tu destino y tú, Calabaza, dulce mujer, hallarás lo más valioso del mundo. Hallarás tu propia fuerza, tu tumba, tu cielo. Para ti no hay nada más importante si quieres tener un sitio entre el cielo y la tierra. Hazme caso medio niña, medio mujer –“medio niña, medio mujer”, te dijo directamente a ti porque sabe que todavía queda parte del camino que debemos recorrer– porque si Chico-Lobo sube o no, eso no cambiará su corazón. Su corazón ya está contigo pero el tuyo no será más que músculo y cartílago si no ves los fuegos a lo lejos y dejas que las alas te crezcan ¡Sube pequeña! ¡Oblígale si hace falta pero haz que te suba!

Eso es lo que nos dijo. Ahora lo sabes tú igual que lo sé yo. Por favor Calabaza -la voz le surgió agotada como la de un niño al borde del llanto– retén la historia y consigue que lo que está dando vueltas dentro de ti se detenga y salga fuera. Porque eso que estás pensando no eres tú la que lo piensa si no otro ser que está tratando de detenerte.

Quizá fueron las palabras del topo o las de Chico-Lobo o incluso su tono desesperado pero algo cambió en Calabaza. Apoyó la cabeza en el hombro de Chico-Lobo y expiró suavemente durante mucho tiempo como si de un globo hinchado se tratase. El aliento surgía rojo como si el aire hubiera recorrido un campo de azafrán y se expandía en su ascenso formando una columna de sangre en el cielo nocturno. Se extendió tanto en el firmamento que llegó a formar una brecha en la imagen de la luna que parecía que sangraba por la mejilla y que sus lágrimas de sangre caían hasta la tierra allá donde estaban Chico-Lobo y Calabaza abrazados.

Cuando Calabaza se recuperó y la nube roja se perdió llevada por la brisa retomaron su camino sin intercambiar una sola palabra. Primero ella alcanzaba a mantener un buen ritmo. Pero su degradación fue muy rápida ¿Su vida se agotaba? Ella veía a Chico-Lobo preocupado. Nunca le había visto así. Sí, algo iba demasiado rápido. Infinitamente rápido dentro de ella. Así que pronto tuvo que ser levantada en volandas y transportada, somnolienta, con el espectáculo irrepetible de los fuegos de Sijé como escenario.

Así llegaron a la cumbre, la noche de invierno que deja tantas noches pasadas como tantas noches frías por venir. Así, en medio de lo más afilado, se hallaron por primera vez, ambos, entre las águilas y bajo el enorme nido de su Reina.

Capítulo 8. La Reina de las Águilas.

Entre los picos y las nubes, la Reina de las Águilas reinaba. Sobre un pico de alabastro que destacaba, en el centro, sobre las doce puntas de cuarzo de sus doce consejeras. Encima de cada pico su nido y encima de su nido pastaban en la noche eterna, posadas, las trece grandes aves. En el centro, sobre la gran aguja negra, la gran águila que reinaba sobre las otras. No un águila convencional, sino una gran águila monera, de ciento veinte kilogramos y otros tantos metros de alto, de pechera blanca y plumaje semejante a la pelusa suave de un muñeco infantil. Los muslos los tenía también blancos, como si todo el frontal de su cuerpo estuviese bañado de leche hasta el cuello, donde surgía el marrón y el pardo. alguna pluma negra delataba su edad y el resto de la cascada de plumaje oscuro caía sobre su espalda como si una mancha se le hubiera extendido en vuelo: una capa quizás que extendía sombras sobre los hombres.

La Reina de las Águilas poseía esa mirada inquisitiva de la vieja matrona. Una mirada que juzga todo y a todos inferior en habilidad a su poseedora. En los doce picos que rodeaban como en la esfera de un reloj la columna central hallaron, Chico-Lobo y Calabaza, los ojos penetrantes de las rapaces bajo el flequillo esparcido en abanico que le cubría la frente. El flequillo se hacía y deshacía en la respiración del águila. Ascendían mientras sus fosas atrapaban el aire gélido y descendía abruptamente en una espiración breve y cálida. Tan cálida que convertía la humedad del aire frío y seco en lluvia que salía disparada de sus fosas nasales.

La Reina de las Águilas era un animal orgulloso. Poseía la vanidad de la hembra poderosa que ha adquirido sabiduría a lo largo de la vida y que ahora se sabe lenta pero más lista que sus enemigos. Ante todo, de lengua más ágil y de corazón irredento e insondable como la roca sobre la que oteaba. ¿Qué oteaba muda y sin gesto alguno más allá de la respiración? Oteaba la subida de nuestra pareja. Los miraba atentamente pero de modo inexpresivo: ¡imposible descubrir si atacaría un instante después o simplemente se echaría a reír!

– Llamadme Siruén –dijo el águila–. Siruén fui y seré antes y después. Siruén, Reina de las Águilas, Rey sobre la montaña. Yo inundo la tierra con los vientos y sostengo con los picos de mis guerreros el cielo sobre el mundo. Llamadme Siruén e inclinaros ante mí, pareja extraña. Tú, humana, y tú, medio Dios maldito. Engendrado para la destrucción y para el dolor ¡Inclinaos ambos ante mí!

Pero ninguno de los dos se inclinó. Chico-Lobo se negó por orgullo y Calabaza lo hizo por algo más complejo: se le antojó que todo aquello era irreal, un simple truco, e intuyó que la situación era extremadamente peligrosa. Pensó:

– Por esto Chico-Lobo no quiso venir ante las águilas. Él no lo olvidó como dio a entender al topillo. Simplemente supo que sería peligroso y trató de evitarlo.

– Veo que queréis seguir el camino profetizado ¿No os agacharéis ante mí? ¡eso ya estaba escrito! Entonces, prosigamos. No habrá ningún problema –desplegó las alas contra la noche teatralmente, como si estuviese representando un viejo papel del que ya se había cansado, e inmediatamente después se inició el huracán. El viento comenzó a golpear en rachas alternativamente por oriente y poniente. No había forma de prevenir por donde golpearía la próxima vez– ¡Ningún problema! Águilas, ¡elevad el vuelo! Escucha tú, Calabaza. Sí, escucha lo que te voy a decir que no te hará ni bien ni mal. Escucha atentamente. ¿Me oyes? –hablaba lentamente y de su voz parecía surgir el mismo huracán o al menos el ruido que acompañaba el huracán–. Mis palabras viven grabadas en mi voz desde el mismo comienzo del tiempo.

Chico-Lobo trató de lanzarse contra el águila en cuanto creyó comprender que algo terriblemente malo estaba pasando y que los animales bajo la montaña habían sido traicionados por la Reina de las Águilas. Pensó que ésta se había vendido a La Serpiente pues es bien conocido que pájaros y ofidios comparten ancestros comunes ¡Ninguna palabra de La Serpiente sería buena para él o Calabaza! ¿Qué habría preparado la vieja cloaca?

Mas no pudo moverse. El viento se concentró en un instante sobre él como una niebla dirigida por una mano divina. Todos los vientos del mundo le agarraron de las extremidades y del cuerpo. Su pelo se agitó hacia arriba en una columna de oscuridad. El mundo quedó vacío de corrientes aéreas: todo parecía ordenado

para detenerle al menos un instante. El instante necesario:

– Calabaza –habló el Águila–, ¡que el cielo sea tu casa, abre los brazos y vuela! –El Águila pareció concentrar todas sus energías en el conjuro animal de tal forma que se detuvo en el aire como un blasón contra el huracán–.

La cárcel de viento no retuvo a Chico-Lobo más que un momento pero bastó para que se obrara el conjuro ancestral. Cuando consiguió escapar del abrazo invisible, Calabaza estaba ya de rodillas en el suelo, con los brazos levantados hacia el cielo. Preocupado por su amor olvidó la guerra y se lanzó a sujetarla en su regazo mientras la magia fluía caudalosa como el río en la crecida.

De los antebrazos y nuca de Calabaza empezó a surgir un plumón de muda verde como el de los canarios y los papagayos. Sus manos quedaron ocultas tras su plumaje como el manantial secreto se oculta gracias a la vereda de árboles. Cuando Chico-Lobo había llegado hasta ella ya era demasiado tarde y ahora sólo le quedaba esperar para ver el resultado de la muerte. Las plumas habían cubierto todo su cuerpo: plumas amarillas y verdes en el pecho y brazos, azuladas y rojas en la garganta. Solo quedaba al descubierto la cara, que parecía emerger del plumaje como una isla de humanidad en medio de una pesadilla.

Capítulo 9. Transformación.

Chico-Lobo se imaginó que Calabaza había caído en algún hechizo mortal o

en un sueño animal ¿Qué ocurriría si nunca despertaba, si su aspecto la atrapaba y su espíritu quedaba vagando a través de un cuerpo mutilado? Calabaza gemía en el suelo como una fiera herida hace tras la caza y la busca.

La ira se apoderó de él contemplando aquel ser amado acurrucado como un zorro en su zorrera. Quería descuartizar los cuerpos de las águilas y excavar las montañas hasta que sus casas estuviesen hundidas en las profundidades donde sólo habitan los fósiles. Levantó la vista entre lágrimas, y allí vio volando, justo en su vertical, a la Reina de las Águilas.

– Siruén –gritó–, ¿qué has hecho? ¿Qué diablos has hecho maldita seas? Ser inmundo, desecho infecto: ¿quién te dio a ti las alas con las que provocas este mal a un ser que vino a ti de buena fe? ¿Dónde han quedado la sangre y la zarpa de nuestros ancestros con las que firmamos unos pactos sagrados que tú pisoteas?

– No utilices esas duras palabras conmigo muchacho. No se te ocurra enfadarme y más cuando te he hecho un favor ¿no sabes aún reconocer la bondad más allá de los gestos? Te comerás tus palabras en breves instantes y te darás cuenta de que no te he dado más que bondades. Si alguien ha roto un pacto sagrado a tu favor, en cualquier instante de tu vida, esa acabo de ser yo en este preciso momento ¡Pregunta y escucha a Calabaza, ella te señalará tu error!

– Estoy bien –dijo Calabaza con una voz que no había cambiado en nada como si la transformación la hubiera dejado impoluta su misma esencia–. No te preocupes amor –desplegó entonces los brazos y pudo admirar las largas y coloridas alas que los sustituían. Estiró también el cuello y se regocijó en su extensión y en la nueva delicadeza de sus huesos–.

Calabaza se encontraba mejor que nunca. Sentía en su corazón la libertad infinita del animal: la libertad del que solo puede hacer lo que hace y que hace lo que no puede ser de otra forma, todo ello sin saberlo. La Reina de las Águilas le había dado como regalo el corazón del ave que entre los animales es el más dichoso porque el vuelo es el manantial mismo de la alegría. Nada es comparable con jugar en el aire, cayendo y remontando en un juego eterno. Ese regalo la había salvado de lo que había dentro de ella porque como humana no estaba preparada para afrontar el destino de engendrar el hijo de Chico-Lobo. Necesitaba comprender aún mejor el verdadero patrón de la naturaleza y para eso debía tener, al menos, un corazón de animal. Para Calabaza ese corazón fue regalo de la Reina de las Águilas.

Acompañando al corazón hay siempre un regalo envenenado. Toda parte de animal debe ser acompañada de animal en sí. Pero Siruén intentó que esa pieza fuera lo más grata posible a la vista. Así que le dio plumas de ave tropical que la cubrirían el torso y los brazos. Le dio alas en vez de manos y dejó todo lo demás igual. Desde ese momento Calabaza podría volar uniendo los pies y agitando los brazos. Quizá no con el vuelo elegante de la rapaz, del halcón o del águila, sino más bien con el vuelo agitado del loro o con el planeo pesado y directo del búho.

Entonces Chico-Lobo entendió todo y sintió pena por las palabras que había utilizado. Esperó a que Siruén aterrizase y la pidió perdón diciendo:

– He olvidado en el mar y en el páramo parte de mi corazón –esta vez sí inclinándose al darse cuenta de los vericuetos que podía solucionar el acto de Siruén—. Me he dado cuenta de que he perdido el espíritu animal que ayuda sin esperar nada a cambio, que sana al herido sin devorarlo y que

avisa del peligro al otro simplemente por ser un compañero de camino. Siento mis palabras. Yo me las trago.

En un gesto antiguo de amistad entre los animales acompañó sus palabras con un gesto: se llevó un puñado de tierra a la boca y lo trago golpeando su pecho mientras hacía el esfuerzo. Siruén sabía cuántos dolores le acaecerían de ahora en adelante y que estaba realmente avergonzado de sus palabras y por eso le perdonó de corazón.

Fue en aquel momento que Calabaza se dio cuenta de que sus piernas casi no se habían modificado y que había algo que aquello quería decir pero que no lo decía con la claridad de la campana de cristal ¿para qué querría piernas para sustentarse en la tierra si pudiese volar?

Capítulo 10. La profecía y el descanso de Siruén.

– Todavía tienes medio invierno. Pero ni un día más ni uno menos –le dijo Siruén a Chico-Lobo–. La transformación de Calabaza ni resta un día ni lo añade –Calabaza comenzó a volar torpemente, batiendo las alas todavía entumecidas por los rebrotes de magia y cambio. Siruén hizo un rápido viraje para montar en su cuello a Chico-Lobo–. Lo otro, lo que te dijo La Gran Ballena y que en el fondo del corazón ningún animal, ni yo misma, puede comprender, ¡eso!, ¡eso es inamovible! Los animales lo estamos oliendo venir desde hace años ¡Extraño olor el del futuro! A nosotros nos huele a huida. Es eso lo que te ha hecho volver aunque no lo sepas –el aleteo del Águila se tranquilizó cada vez más hasta convertirse en un planeo ligero y grácil como un baile nupcial. Calabaza se unió a las águilas y como en una escuela donde el pequeño sigue al grande volaron en formación–. Es lo que hizo enfermar a Nata. De hecho, es lo que te ha obligado a quedarte cerca de tu madre. Dando vueltas alrededor de ella como una polilla hace con la luz de la luna que se refleja en el lago. Pero ahora lo único que tienes que hacer es completar el círculo. Ser feliz, muchacho, en mi reino celeste. Nada más y nada menos.

Eso le dijo la Reina Siruén a Chico-Lobo mientras recorrían en círculos

perfectos el cielo y Calabaza batía sus alas de un verde esmeralda contra la luz de las estrellas. Volaron tan alto que la tierra desapareció y durmieron entre las nubes. Chico-Lobo sobre la espalda de Siruén y Calabaza, tras el esfuerzo de acomodarse al vuelo por sus propios medios.

Más allá de las nubes y de toda luz emitida por los fuegos de Sijé pasaron una noche tras otra. En las alturas que deberían haber sido habitadas por el padre de Chico-Lobo: el sol.

Transcurrieron los días y la pericia de vuelo de Calabaza creció tanto que pudo llevar sobre sus estrechas espaldas el pequeño cuerpo de Chico-Lobo. Aquel ser que parecía tan solo un niño pero que llevaba tanto tiempo viviendo que sus años puestos en fila podrían comprender en su línea todos los antepasados de Calabaza. Así fueron infinitamente felices, sin hablar con nadie ni tocar la tierra.

Chico-Lobo se dejó mecer por un sentimiento de confianza que creció dentro de él. Se hallaba donde debía hallarse, ni tierra ni agua bajo sus pies ni entre sus manos, sin poder elegir si subir o bajar: simplemente encima. Abrazado a ella, sin hablar lo más mínimo. Mirando la regularidad del cielo nocturno, rota solo por las candilejas que forman las estrellas y las constelaciones. Nada cambiaba el mundo ni lo alteraba. Era igual de azul arriba y abajo, al norte y al sur. El mundo se transformó así en una manta infantil: hogar de juegos azuzados por la imaginación.

Así Chico-lobo olvidó las Águilas y la profecía. De la mente se fugó su misma existencia, la segunda vez después de su desvanecimiento en el amplio océano, pero ahora sin miedo ni rabia ni dolor.

Solos entre las nubes.

Solos en la oscuridad.

Chico-Lobo y Calabaza vivieron sin nada que objetar.

Capítulo 11. La caída.

El último día de invierno cayeron del cielo. Si hubiera habido sol hubiera sido mediodía pero eso en nada hubiera cambiado los hechos. Cayeron como si les hubiera impactado un rayo. Igual que si a Calabaza le hubiese fulminado el centro del corazón un trombo helado.

No habrían caído más rápidos o más raudos si hubiera explotado el mundo, ni si hubiera sido mediodía. Tampoco si les hubieran soldado sus labios con níquel que les hiciera arder el cuerpo en pos del suelo.

El aire trató de separar su abrazo pero no lo logró. Chico-Lobo trató de separarse de ella pero cuando sus dos cuerpos se apartaban temía no volverla a

ver y volvía a abrazarla fuertemente como un padre hace con su hijo herido.

Fue el mismo destino quien golpeó a Chico-Lobo desde el cielo para que la profecía pudiese cumplirse. Al final el suelo ya estaba tan cerca que casi lo olían y Chico-Lobo dijo:

– Si no te aparto de mí, si no confío en tu vida, nada habré ganado con que perezcas conmigo si Madre despierta –así se dio cuenta de que no hay amor sin algo de riesgo y de apuesta–.

Los amantes se separaron justo antes de tocar el suelo. Chico-Lobo, pensando más en ella que en él, lanzó en el último instante sus garras contra el mundo con tal fuerza que transformó en agua dulce y viento cálido la misma roca que formaba el suelo. El impacto expandió los gases y derribó colinas con la fuerza expansiva que tronaba ante tamaña violencia.

La onda expansiva ascendió unos pocos metros y elevó el cuerpo de Calabaza entre algodones de gases y partículas de tierra astilladas. Así fue y así logró que Calabaza aterrizase sin morir tras una caída desde el mismo techo del mundo donde el amor los había reunido.

Capítulo 12. El infierno a tiro de piedra.

Chico-lobo, por el contrario, se hundió en la tierra en medio de una explosión como la de un cometa. Se hundió chocando con el hombro contra las distintas capas del mundo: las blandas vetas de cristal de talco, el astillado grafito, las columnas pétreas de duro basalto y el infierno ardiente de la lava que fluye en el centro de la nada. Cuando se detuvo por fin el mundo se había vuelto oscuro como el estómago de una bestia y Chico-Lobo agonizaba de dolor. Su vida se iba en chorros y lágrimas que ardían con la quemazón de su espalda. Estaba ciego y solo

en aquel inframundo que se había volcado sobre él, dejándolo a su suerte sin presas ni amigos. Dejándole sin Calabaza. Supo entonces que entre él y ella había ahora un mundo entero de peso infranqueable que se derrumbaría y...

– Una serpiente –pensó de pronto. La Serpiente. Su madre. Temió fugazmente– ¿qué pasaría si en mi caída atravesé Sijé? ¿Qué pasaría si hubiera rebasado los límites que me fueron marcados y ella estuviese aquí, entre el polvo y el fuego que arden a mi alrededor? ¿Me miraría? –Tenía miedo porque sabía de lo que su madre era capaz– Sí, me estaría mirando o tratando de hacerlo, sin duda a través del hollín del golpe.

Pero no se dejó llevar por el miedo. El pensamiento discurrió hacia Calabaza como un resorte y el miedo se olvidó como se aparta algo de polvo que reposa sobre una mesa: de un manotazo suave sobre la superficie. Se fue el miedo y sólo quedó la desesperación porque su vuelo y sus alas se habían ido y él estaba acosado por sombras en el centro de la misma tierra.

Se lanzó después con garras y dientes con la ansiedad con que un esquimal sediento funde el hielo. Por primera vez abrió sus verdaderos ojos para que el mundo se fundiese a su alrededor y quemó las mismas entrañas de la tierra que durante siglos no habían sido perturbadas. Rompió con violencia monstruosa cada cristal que le rodeaba para así ascender como una nube de vapor a presión expulsada a través de una válvula quebrada.

La tierra se abrió a su paso. Se dobló y se quebró por segunda vez y por fin Chico-Lobo volvió a surgir del otro lado.

Calabaza estaba allí. No sabía si viva o muerta. Estaba en el suelo. Al otro

lado de un muro que una zanja creada por sus garras había desollado. Justo al otro lado de un muro, pero muy cerca.

Al otro lado del muro.

Sí. Calabaza había caído justo al otro lado del mundo. Más allá del círculo exterior. Diez metros apenas más allá del último anillo ígneo de la cola de La Serpiente.

– ¿De qué lado del muro estoy yo? –Se preguntó Chico-Lobo mientras miraba en el aire a izquierda y derecha tratando de situarse– ¿Estoy aquí o allí? –Porque todo eran escombros a un lado y a otro–.

Inicialmente se tranquilizó cuando vio que las montañas quedaban a su espalda y la zanja que había creado para salvar a Calabaza no había tocado el anillo de Sijé, pero ahora ¿qué haría? Calabaza estaba al otro lado. No veía sangre saliendo de su cuerpo. Pero tampoco observaba que se moviese. Parecía dormida sobre una sábana de escombros. Era necesario alcanzarla.

Chico-Lobo dudó. No quería atravesar los límites que le estaban prohibidos. Temía a su madre, como todo ser vivo teme a aquello que le creó. Lo que se da se puede quitar aunque a veces sea ya demasiado tarde ¿Sería ya tan tarde? Entonces vio que al otro lado, entre los escombros, algo se movía. Primero tan solo pudo observar sombras tras crucetas caídas. Esas sombras se convirtieron en manos, en hombros esquivos. Finalmente se dio cuenta de que eran hombres harapientos que se arrastraban como cucarachas tratando de escapar del incendio.

Supo entonces qué había pasado: Sijé estaba colapsando y la civilización de

los hombres había caído entre el fuego y las llamas. El calor y la energía, el carburante y el carbón, habían desecho hasta la misma médula la ciudad que había sido consumida. Cocinada en su propio jugo. Aquello que reptaba entre los escombros eran algunos hombres que habían sobrevivido buscando comida o simplemente el castigo injusto contra cualquier desfavorecido. Se acercaban peligrosamente a Calabaza ¿qué harían en su desesperación? En todo animal preexiste la idea de qué hacer ante la desesperación: matar.

– Si tan solo se despertase de su sueño –Chico-Lobo pensó– y volviese a mí. Si tan solo se acercase unos pocos metros –pero nada más reflexionar así, se dio cuenta de que era imposible y de que nada gana contra el destino. Tenía que tomar una decisión: todo, lo que se ha contado y lo que no, le había llevado a ese instante concreto para que hiciese algo. Recordó a La Gran Ballena, a Nata, al cangrejo, a los reyes Sobre y Bajo la Montaña. Todo lo que había pasado hasta llegar a algo tan evidente–.

Aquellas formas harapientas seguían acechando como una nube de moscas rodea un cadáver. Estaban ya a centímetros acariciando casi con sus manos quemadas la cara emplumada de Calabaza.

Chico-Lobo miraba la misma tierra que pisaban y no veía lo mismo que hubiera visto cualquier otro. Él veía a su madre preparada como una trampa magnética, dispuesta a lanzarse sobre él a la velocidad del rayo en cuanto pusiese un solo pie en aquel suelo. Supo que tendría que sacar a Calabaza muy rápido del círculo y luego internarse a toda velocidad hacia el centro para que La Serpiente no pudiese hacerla daño. Una vez traspasada la frontera nada separaría a su madre de su propia muerte: Calabaza debía huir inmediatamente hacia el círculo exterior y él entrar en Sijé. El secreto estaba en la tierra. La tierra que se elevaría como un

muro infranqueable en cuanto su madre iniciase el movimiento. La tierra que transmitiría lo único que le llegaba del mundo a su madre: el sonido y la presión. Por lo demás La Gran Serpiente, oculta en las profundidades, estaba ciega y muda ¡No tocar la tierra era la clave!

Unas manos tocaron la pierna de Calabaza y comenzaron a arrastrar su cuerpo hacia el interior de los escombros y entonces Chico-Lobo obró simplemente como el destino quería que obrase...porque así actúa él: dejando sólo la opción y derrumbando todas las demás.

Parte V

Capítulo 1. El cielo es la única huida.

Es difícil moverse sin tocar el suelo. Es imposible, de hecho, hacer más de dos o tres movimientos. Los peces no se pueden moverse sin agua y la aves tampoco lo logran sin cielo.

Chico-Lobo pensó que lo fundamental era tocar tan solo una vez el suelo. Sólo una vez y con el impulso de este toque elevarse lo suficiente para obtener algo de tiempo. El problema era ¿¿Cuánto tiempo se necesitaba? Era imposible saber a ciencia cierta pero quizá con algo más de tiempo todo se solucionase.

Así que se proyectó hacia delante de un solo salto (1^{er} pensamiento *Desde el anillo exterior. Estoy todavía en fuera de Sijé así que no hay problema*) y llegó en una décima de segundo a tener entre sus brazos el cuerpo de Calabaza (2^o pensamiento *Sin tocar el suelo. No toques el suelo.*) y girando el cuerpo como un saltador de trampolín (3^{er} pensamiento *No te preocupes por el humano andrajoso porque no puede hacer nada. No es nadie*) aprovechó para proyectar verticalmente a Calabaza mientras su cuerpo seguía girando (4^o pensamiento *¡que me dé tiempo! Tengo que tener tiempo*), entonces (5^o pensamiento *ahora sí que el suelo está cerca porque su calor me ha rozado la nariz*) golpeó la tierra con toda la rabia de la que era capaz dejando que la energía de sus garras saliese disparada hacia la graba como el tapón de una escopeta infantil hacia el premio. (6^o pensamiento

En mi trayectoria debería estar Calabaza. Ruego que esté. Por favor...) Extendió los brazos (7º pensamiento *Por favor*) y mientras se proyectaba hacia arriba agarró algo con la punta de los dedos (8º pensamiento *¡La cogí! ¡La tengo!*) y no lo soltó sino que se aferró a esa cosa que había agarrado apenas con la yema de sus dedos, posiblemente un brazo o una pierna desnudas, y entonces miró (9º pensamiento *Sí, es ella*) y fue ella lo que vio.

Calabaza ascendía con él, impulsados ambos hacia arriba por la percusión de los brazos de Chico-Lobo contra el suelo. Subieron por encima de una o dos nubes cuando lo oyeron. Hacía milenios que nadie oía nada parecido. Simplemente era un ruido que no se podía obviar, que te volvía ciego y sordo. Un sonido que detenía el corazón y la respiración. La tierra se quebró entera.

Siguieron ascendiendo mientras Chico-Lobo trataba de despertar a Calabaza que tenía la cara magullada por haber aterrizado contra el suelo. Necesitaba que se despertase antes de que empezaran a caer. Si no se despertaba se derrumbaría bajo la ley de la gravedad y eso les llevaría a inevitablemente a La Serpiente. Chico-Lobo se sentía desmayar ante esa idea.

– Por Dios despiértate para que tú, al menos, puedas huir –se repetía a sí mismo pero por más que lo repetía Calabaza no reaccionaba–.

Cuando superaron la última capa de nubes, allá donde el cielo está siempre soleado y el frío despierta los sentidos de las aves, a Chico-Lobo se le ocurrió una idea. Había un problema, quedaba poco tiempo porque su impulso se agotaba y debajo veía ya los destellos de fuego y rayo que su madre lanzaba a los cuatro vientos como palabras destinadas a herirle.

Casi estaban detenidos ya, con la sensación de estar mirando una peonza

que se tambalea para caerse cuando la peonza definitivamente se paró. Un torrente de luz invadía el cielo desde la tierra como si una lluvia espesa cubriese de amarillo, azul y rosa el mundo en forma de vapor. El ruido se hizo de pronto ensordecedor pero era imposible ver a través de las nubes lo que estaba sucediendo realmente tras ese manto. El paisaje se hizo plano e irreal. Todo igual a izquierda o derecha: un océano de colorida luz bullendo entre los colores que se pueden fabricar con la luz. La única inhomogeneidad era el suelo que estaba formado por la densa cortina de nubes que rápidamente se oscureció y comenzó a chisporrotear. Arcos voltaicos surgían entre las masas nubosas agitadas por la estática.

Entonces Chico-Lobo se apartó un poco de Calabaza y, habiendo tomado por fin la decisión, se metió la mano a través de la garganta para sacarse la mitad del corazón. El pecho se le hinchó como el de un palomo en el cortejo. Tras unos cuantos segundos suspendido en el cielo, a máxima altitud, restalló su brazo como un látigo para poder volver a sacar el brazo del interior de su tronco. Su corazón se hallaba ya en su mano. O al menos una parte de él. Su corazón, que era mitad de sol y medio animal y que por lo tanto estaba dotado con poderes extraños que ni su madre ni su padre hubieran comprendido. Su corazón era un monstruo cazador pero también un engendrador de vida y de agua. Así que volvió a acercarse a Calabaza como un pez nada suspendido en la corriente, pensando en su hijo no nacido aún, y le hizo tragar la mitad que se había arrancado. Cerró su boca forzando el gesto de morder y cuando la boca estaba sellada con el corazón dentro se detuvo para ver el resultado. En el aire, a nueve mil metros de altitud se quedaron los dos en suspenso. Igual que una polilla suspendida de la punta del alfiler del entomólogo.

Capítulo 2. Separación.

El cielo, cuando Calabaza hubo tragado, les llovió encima como si se hubiera derretido. Los colores recorrieron el sentido inverso y todo empezó a caer como haría el óleo en un lienzo rociado de aguarrás. Esta vez la transformación fue más rápida y unos segundos después no había más que luz: una luz tenue de anochecer que casi no hacía otra cosa que dar sombra.

Calabaza despertó. Estaba calada y en mitad de aquella negrura del tifón que les asediaba.

– Calabaza, el momento de despedirse llegó –Chico-Lobo la apremió también con un gesto de la cabeza contra su hombro. Un gesto parecido al

que utilizan los gatos para darse placer—. El invierno ha acabado, hoy mismo es su final —Pero no soltaban su abrazo—. ¿Ves esa luz roja, en forma de haz, que cruza el firmamento hasta donde llega la vista? Aléjate en línea recta de ella todo lo rápido que puedas —señalaba sobre el hombro de ella como un marino hace con la tempestad—. Siempre apunta esa boya siniestra a tu espalda y vuela recto para dejarla atrás. Esa es la llamada de mi madre, esa es su mirada que apunta hacia el cielo para vengarse del destino y de los astros. Ahora solo nos quedan, a ti, a mi y a todos, dos opciones: o que yo mate a mi madre o que ella nos esclavice a todos bajo su sello de muerte. Si salvas la vida, si la hecatombe no te alcanza, ¡Espero que no lo haga! —Chico-Lobo se separó primero del abrazo porque quería que ella comprendiese que era importante lo que le iba a decir—. Cría a nuestro hijo bien. Enséñale lo que aprendiste de mi y de los animales, trata que herede algo del corazón que te he dado para despertar tu cuerpo y tu espíritu y sobre todo no permitas que firme pacto alguno: ¡Eso es capital! Que no comprometa su palabra ante nadie porque en ese caso se perderá para siempre. ¡Recuerda esto! Adiós Calabaza mía —pero Calabaza sorprendentemente no habló. Sólo le miró con ternura pero de lejos, como hacen los desconocidos—.

Sin besarse, porque el tiempo apremiaba y ya descendían más rápido de lo que las alas de Calabaza quizá aguantasen, ambos se despidieron. Chico-Lobo disparado como una flecha en vuelo hacia la tierra y calabaza tratando de detener la caída con sus alas aun dormidas por el sueño. Una vez detenida en el aire —una mota de polvo en el cielo— calabaza hubo de ver como Chico-Lobo desaparecía en la oscuridad. El cielo confundido por doquier con una masa tormentosa y desde abajo, más allá la tierra y lo que ella no vería nunca: La Serpiente, un rumor de tormenta desatada. Fuegos como breves chispazos y ascuas —en verdad rocas

gigantescas capaces de albergar un pueblo— saltando por lo aires como fuegos de artificio en un día de fiesta.

Chico-Lobo desapareció entre la oscuridad y Calabaza se sintió sola y tentada de descender con él. Pensaba que quizá así le podría ayudar. Pensó aquello y casi sin darse cuenta dio la espalda al haz de luz roja que surcaba como un láser el mundo entero y se puso a huir. Algo en ella estaba comprometido ya con la ley animal. Así que obedeció. Agrupó las manos sobre su vientre y no volvió la mirada en momento alguno. Así voló, pesadamente, mientras el mundo se agrietaba y ardía a su paso y más adelante, cuando ya no quedó casi nada, llegó hasta el mar. Allí aterrizó y entonces pudo contemplar el desastre.

Capítulo 3. Sijé bullendo como un verano.

Sijé bullía como un verano. La tierra había saltado por los aires como una moneda echada al aire y cada pedazo flotaba alrededor de su madre. La gravedad

se veía atrapada en la cárcel invisible que era el cielo construyendo un sistema de despojos de la tierra girando como en un sistema solar. Solo encontró destrucción alrededor y el mar, el mar que debía rodear todo, se había retirado de su vista. Parecía que había desaparecido más allá de la cúpula...como un animal herido que huye para encontrar refugio.

Entre los cascotes podían verse cadáveres incendiados que ardían aún, desperdigados en aquella cúpula gigante. Como si en medio de la cruceta de una catedral enorme los restos del mundo flotaran a la deriva en barcas inexistentes. El silencio dotaba de consistencia a la escena.

Pero La Serpiente, que había hecho saltar el mundo, había sido incluso más malévola con Sijé. Sijé seguía en el centro de todo, atada a su cuerpo, rodeada por ella y todo lo que esa ciudad fue -o hubiera podido ser- se resquebrajaba ante el peso y la presión del cuerpo del titán. Los edificios se mostraban combados, medio disueltos ante el veneno y los hombres que sobrevivieron al primer incendio ahora se veían expulsados al vacío frío y desangelado: sus cuerpos errando como pecios a la deriva. Asfixiados en el vacío sin aire. El mundo –si acaso todavía se le podía señalar con el dedo y decir: “el mundo”– había sido derrocado y desarbolado en toda su extensión.

Lo que se podía reconocer aún de la antigua Sijé: los rieles que habían surcado el cielo y las ventanas metálicas de algunos rascacielos, servían de morada a La Serpiente. Ni ella se podía diferenciar de los cascotes ni los cascotes de ella. Como el caballero, que antes de la batalla se cubre con su armadura, La Serpiente se había cubierto de la sangre, el fuego y el metal de la ciudad que había protegido durante cientos de generaciones. Si algo se le había enfrentado, si algún poder, gobierno o ingeniero trató de detenerla, nada quedaba de él. En los

despojos Chico-Lobo halló únicamente a su madre.

Chico-Lobo guardó algún instante para recordar a los animales que había conocido y que ahora, pensó él, habrían muerto con toda seguridad. Pero ante todo pensó en Calabaza y las ansias de venganza le ascendieron como la sabia asciende el xilema del tronco. Surgían minúsculas partículas de cada átomo de su anatomía y se apelmazaban, moléculas de agresividad pura suspendidas en la sangre, viajando por su organismo hasta el centro de su pecho donde quedaba aquel trozo de corazón.

Ni madre ni hijo quisieron hablar. Chico-Lobo no tenía mucho que decir y en La Serpiente ya se había despertado el hambre por la luz que su hijo había heredado de su padre y nada, a decir verdad, hubiera deseado decir. Ella, que había gobernado el espacio desde su misma creación, no lo creía necesario. Ella quería tan solo comer. Arrancar ese corazón partido y comerlo. Arrastrar fuera de sus canales aquellas garras y mordisquear sus manos heridas. Desatornillar sus colmillos y desatar su pelo. Daría todo por absorber aquellos ojos que le pertenecían, traerlos de nuevo hacia sí e introducirse dentro del cuerpo de aquello que para ella no era más que otro cadáver más.

Chico-Lobo esperó a que todo su organismo se hubiese colmado del odio por su madre, concentró todo lo que pudo retener en su pecho y se lanzó al vuelo hacia lo que antes se llamó Sijé. El cielo se inflamó de luz que inundó a una velocidad pasmosa la cúpula como si el hijo se hubiera convertido en el padre y los ojos de La Serpiente se hincharon doloridos al verse obligados a buscar a la presa. A través de la tormenta de luz lanzó La Serpiente sus colmillos y toda Sijé explotó en casquillos venenosos e incandescentes. Los colmillos de La Serpiente se encontraron con las garras de su hijo en el antiguo centro del mundo y ambos

cuerpos saltaron en una explosión de energía pura. La luz reverberó contra la bóveda y se amplificó con la explosión. La Serpiente cada vez veía menos y, sin el suelo y la tierra, era incapaz de detectar a su presa por las vibraciones así que se lanzó enorme y desesperada, con sus kilómetros de piel roja y verde esmeralda, contra el vacío opuesto de la explosión y se llevó a su hijo por delante. Chico-lobo fue tragado hacia el fuego infinito de su padre que moraba en la panza del ofidio. Pero a la vez las garras de Chico-Lobo rajaron el cuerpo de La Serpiente cuán largo era y la luz se vertió como la miel cae de la colmena a la panza del oso. La luz se inflamó venenosamente y La Serpiente gimió. Gimió por el placer que le causaba el dolor que se le había infligido. Porque el verdadero mal se regocija en el mismo mal aunque se ejerza contra el. Esa fue la tercera vez que La Serpiente sintió un goce verdadero.

El incendio era imparable mientras la tripa era rajada por un hijo que hervía con el fuego inextinguible del padre y la sangre de la madre. Ardiendo como una tea salió Chico-Lobo por el último anillo de la cola de La Serpiente en un parto, esta vez, de muerte. En medio de las llamaradas, ante la cola de su madre, recordó fugazmente: justo aquí, hace tiempo, vivió Calabaza. Su madre, se había desprendido de sí misma como una cascada que fluye hacia ninguna parte porque ya no hay suelo ni cielo. Únicamente había luz.

Chico-Lobo aún en llamas recorrió el cuerpo de su madre a la carrera mientras era golpeado una y cien veces por los colmillos extenuados de la madre que orbitaba en el espacio vacío sobre sí misma. El veneno, además de emponzoñarle, hacía que ardiese aún más de la misma forma que si se echa aceite sobre el incendio las llamas se avivan. Ardiendo, como solo el sol puede hacer, recorrió el cuerpo desprotegido de su madre. Girando los dos como derviches unidos en un abrazo y con un último esfuerzo lanzó todo su cuerpo, garras y colmillos que parecían teas, contra las agujas envenenadas de la cabeza

de su madre. A causa del impacto ésta fue desprendida del cuerpo. Empezó a emanar de la herida una lava de color dorado. La lava formó un mar y el cuerpo se abrió como una pompa de gas que explota en el caramelo líquido. Allí estaba Chico-Lobo, postrado en la cabeza, justo en el colmillo derecho.

La luz rodeó a los dos de tal forma que ni siquiera el sol o el destino hubieran podido desentrañar una imagen en esa amalgama esférica a la que se iba adhiriendo más y más luz cálida y líquida. Las placas tectónicas que habían formado la cúpula, al desaparecer la luz y el cuerpo de La Serpiente, fueron atraídas por el vórtice que cada vez adquiría una mayor velocidad de giro y el mar exterior cayó en tromba entre las grietas como el agua es vertida sobre el acero para templarlo. Así saltó en una explosión de aire, un vaho de un color tan blanco que se podría haber confundido con un gran enjambre de nieve y con la explosión la cabeza de La Serpiente salió despedida. La cabeza arrastró con su fuerza al mundo entero y lo puso a girar a su alrededor como piezas de roca que saliesen despedidas a través de ella chimenea de un volcán.

La noche parecía que iba a ser eterna y en ella el mundo dejó de respirar. Luego, poco a poco, quedó en el centro la cabeza ardiendo y tras ella el agua y la tierra aposentándose. El mundo, después de un prolongado gemido, volvió a despertar y a respirar como un recién nacido. Con aquella enorme bola de fuego disparada, atrayendo todo hacia el centro con su enorme masa. Por último, el vaho se deshilachó y se pudieron ver las estrellas.

¿Quién, sin embargo, estaba allí para verlas? ¿Quién?

Capítulo 4. Calabaza en la playa.

Calabaza había pasado sobre todo aquello y sólo conservó el recuerdo de la humedad que, mientras volaba, se le infiltraba entre las alas. Cuando aterrizó y miró tras de sí no vio nada, solo un páramo infinito hasta llegar al horizonte y más allá, el mar.

Su corazón tiraba de ella hacia la bola de luz que ascendía en el cielo y que se separaba del mundo a gran velocidad. De alguna forma supo que Chico-Lobo no habitaba ni habitaría nunca más el mismo lugar que ella. Supo que, vivo o muerto, había salido lanzado con su mitad de corazón dentro junto aquel cuerpo ardiente, caliente y que emitía en el cielo luz como jamás había visto en su vida.

Luz verdadera, que no necesitaba de llama o de gas. Que no inflamaba el carbón ni derretía las conducciones. Luz lejana e infinita que podía ser contenido

sin continente.

Se sentó en la arena, sujetando su vientre entre las manos y vio el mar cubierto de espuma, revuelto todavía en una resaca de sangre blanca. Se preguntó dónde estaría La Gran Ballena de la que había hablado Chico-Lobo y se figuró que quizá, con suerte, seguiría allí dentro, en las simas profundas del agua. Otra vez dentro del mundo y rescatada de su exilio. De pronto Calabaza se sintió aliviada ante esa posibilidad. Ante la posibilidad de no estar sola. De que, dentro de las aguas, grandes masas vivas se desplazasen abriendo canales en el infinito Océano. Canales enormes y espumosos que podrían recorrer este nuevo mundo al que Chico-Lobo había dado la posibilidad de existir. Nuestro mundo.

Por segunda vez en su vida, sorprendentemente, Calabaza se sintió como en casa y supo que el parto estaba cerca. Así que algo la empujó a apresurarse y a hacer el hueco en la arena que protegería a la progenie. Conforme apartaba la arena ésta se mezclaba con la humedad que había invadido su cuerpo y lo cambiaba como el alfarero hace con el barro húmedo que trabaja.

Cuando la madriguera estuvo hecha Calabaza ya no poseían ni alas ni brazos y sólo era un largo tronco cubierto de plumas verdes y azules. Se introdujo en la oscuridad cálida de la arena marina y cerró los ojos al sueño esperando que llegasen los esfuerzos del parto. Justo antes de dormirse se dijo: ya estoy lista para ser madre.